

Representaciones, identidades y ficciones: lectura crítica de las historias de la literatura latinoamericana / ed. Carmen Elisa Acosta Peñañoza. – Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Departamento de Literatura, 2010
352 pp. – (Biblioteca abierta. Literatura)

Incluye referencias bibliográficas

ISBN: 978-958-719-543-9

1. Historiografía (Literatura) - siglo xx 2. Literatura latinoamericana - Historia y Crítica
3. Crítica literaria 4. Análisis literario 1. Acosta Peñañoza, Carmen Elisa, 1962- II. Serie

CDD- 21 801.95 / 2010

Representaciones, identidades y ficciones
Lectura crítica de las historias de la literatura latinoamericana

Biblioteca Abierta
Colección General, serie Literatura

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas
Departamento de Literatura
Grupo Historia y Literatura

© 2010, varios autores

© 2010, Universidad Nacional de Colombia
Bogotá D. C.

Este libro es producto del proyecto de investigación «Lectura crítica de las historias de la literatura latinoamericana», financiado por la DIB código 80050080, Resolución 2438, año 2008, de la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá.

Preparación editorial

Centro Editorial, Facultad de Ciencias Humanas
Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá
ed. 205, of. 222. tel: 3165000 ext. 16208
e-mail: editorial_fch@unal.edu.co
www.humanas.unal.edu.co

Impreso por Digiprint Editores E. U.
Impreso en Colombia



Excepto que se establezca de otra forma, el contenido de este libro cuenta con una licencia Creative Commons "reconocimiento, no comercial y sin obras derivadas" Colombia 2.5, que puede consultarse en <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/co/>

Contenido

Agradecimientos	9
Introducción	11

PRIMERA PARTE Artículos

VÍCTOR VIVIESCAS	
La cuestión latinoamericana como problemática de las historias de la literatura latinoamericana	31
CARMEN ELISA ACOSTA PEÑAÑOZA	
Problemas de la historia regional y las alternativas de una historia comparada en las historias de la literatura latinoamericana	89
IVÁN VICENTE PADILLA CHASING	
Historicismo literario y americanismo católico hispanizante en las historias de las literaturas hispanoamericanas del siglo XIX	123
DIÓGENES FAJARDO VALENZUELA	
Construcción del sujeto en algunas historias de la literatura latinoamericana colonial	189
CAROLINA SIERRA NOVOA	
Las antologías del cuento hispanoamericano y su incidencia en la configuración de un canon literario en torno a este género	223
ALEJANDRA JARAMILLO MORALES	
Revaloraciones del Boom: ¿una historiografía colonizada?	261

La cuestión latinoamericana como problemática de las historias de la literatura latinoamericana

Víctor Viviescas

Profesor Asociado

Universidad Nacional de Colombia

LA INVESTIGACIÓN LECTURA CRÍTICA de las Historias de la Literatura Latinoamericana se proponía, de manera general, realizar una revisión crítica de las historias literarias latinoamericanas. En la investigación global, se buscaba dar respuesta a una serie de problemas que afectan la escritura de la historia literaria como son los criterios de periodización, el papel del historiador, el problema de la historia literaria como género y las cuestiones pertinentes a la tradición, los géneros y el canon. En este marco, me propongo acometer un escrutinio sobre los procesos de representación de América Latina en las historias de la literatura, en un corpus selecto de estas y en un conjunto de proposiciones críticas, teóricas y metodológicas de lo que ha sido y de lo que debería ser un proyecto, si este todavía es posible, de historia de la literatura en América Latina. Este propósito se despliega en el interrogante que aborda la cuestión sobre cómo se configura la historiografía misma: ¿Cuáles son los fundamentos y las propuestas teóricas, en cuanto a la historia, en cuanto a la literatura y en cuanto a la identificación de lo que es América Latina, que se despliegan en las historias de la literatura latinoamericana?

Busco responder a este triple interrogante retrotrayéndolo a la problemática de la representación de América Latina en las historias de la literatura latinoamericana. La noción de América Latina —y la entidad que representa— parecería ser evidente como punto de partida de toda historia de su literatura y hacer, de este modo, irrelevante la interrogación sobre la misma. América Latina sería un dato dado y un punto de partida estable que actuaría como un continente —en la doble acepción de contenedor y de entidad geográfica— de los fenómenos literarios que se historizan. Pero, cuando enfrentamos las historias y las reflexiones sobre la historia de la literatura latinoamericana, esta evidencia deja de ser tal, para convertirse en una incógnita, si no en una confusión. La noción de América Latina, lejos de ser clara y transparente, se presenta como una opacidad que reclama su identificación, su delimitación, su acotamiento, antes de poder ser nombrada. Casi podríamos decir que el primer reto que debe enfrentar una historia de la literatura latinoamericana es justamente la identificación de América Latina. O mejor aún, la construcción de esa entidad problemática que aparece simultáneamente como un a priori del proyecto —postulado como un contenedor de las prácticas y producciones literarias— y como su destino —lugar de llegada, configuración ansiada a la que le daría existencia el recorrido mismo, el trasegar mismo que es la historia—. Es decir, el concepto y la idea de América Latina aparecen como pasado y como futuro anterior de todo proyecto de historia de la literatura del continente.

Y esta condición es la que hace que la interrogación sobre qué se entiende por América Latina se vuelva un núcleo problemático de todo proyecto de historia literaria. En la medida en que nuestra contemporaneidad nos interdice la suposición ingenua de que el objeto de la historia —literaria u otra— pre-existe a la práctica y al ejercicio de la historia, la noción que se impone como central es la de construcción del objeto: ¿Qué nombra la historia literaria con la noción de América Latina y mediante qué estrategias discursivas y tomas de posición lo hace? La centralidad de esta pregunta proviene de que su respuesta determina, al mismo tiempo, qué significa literatura, mediante qué supuestos se la reconoce, cómo se

identifican y caracterizan los periodos en que se presenta y cómo se construye y se valora la tradición.

Es claro, entonces, que en lo que respecta a la cuestión de América Latina en las historias de su literatura, lejos de estar en el terreno de la evidencia de su identidad, nos encontramos más bien en el terreno del debate sobre la identificación de los objetos y de las comunidades literarias que, de acuerdo con Ricardo Kaliman (1993), caracteriza a la crítica historiográfica en las dos décadas recientes. Como señala el autor, el debate tiene que ver con que, a pesar de que exista un consenso en el sentido de que el objeto de los estudios historiográficos y críticos es un constructo que está siempre en proceso de ser construido, los criterios de construcción del mismo están siempre sometidos a la discusión sobre su conveniencia epistemológica (308). Esta condición litigiosa de los criterios de construcción del objeto de la historia literaria abarca de manera simultánea tanto el concepto de lo que es literatura —«el concepto de literatura es en sí mismo un constructo» (308)—, como el concepto de lo que es América Latina, que en esta reflexión asumimos a la noción de comunidad de individuos que comparten una autoadscripción a esa misma comunidad (312), como comunidad nacional, en la reflexión de Kaliman, como comunidad del subcontinente, en la nuestra.

El concepto de «representación» de América Latina en su historia literaria

Estudiar los procesos de representación de América Latina en las historias de la literatura supone, como primer interrogante, preguntarnos sobre la dimensión que la problemática de lo latinoamericano tiene en la fundamentación y en la estructuración de las historias estudiadas. Es decir, en qué medida la identificación del continente se asume como un dato de partida, o bien, si dicha identificación se da mediante un proceso de señalamiento de cortes, recontextualizaciones y configuraciones del mismo. Es claro que en la denominación «historia de la literatura latinoamericana» hay tres ejes problemáticos: el de la noción de historia, el de la noción de literatura y, en tercer lugar, el que nos ocupa: la

cuestión de lo latinoamericano. Pero en esta denominación, de manera independiente a que nuestro interés versa sobre la última cuestión, los tres ejes problemáticos constituyen una constelación, en el sentido en que cada uno de ellos refiere a los dos otros. Esta referencialidad puede ser ilustrada con un ejemplo singular. La construcción del objeto de estudio de la crítica literaria e historiográfica reciente, reseña Kaliman, pasa por la definición entre el concepto de «discursos» y el concepto de «literatura» para dar cuenta del objeto de que se ocupa esta crítica (1993: 310-311)¹. Pero el deslinde entre los dos conceptos, necesario en el proceso de construcción epistemológica del objeto de estudio, no es meramente un asunto de ampliación de los géneros o prácticas sociales y discursivas que se admiten en el campo literario. En el caso de América Latina, este deslinde compromete una comprensión de la historia del continente: hacia «atrás» en el tiempo, en lo que tiene que ver con el momento inicial en el que algo como literatura empieza a ser identificable, es decir, la inclusión o exclusión de las prácticas que antecedian y se presentan en simultaneidad con las primeras prácticas de escritura de los conquistadores españoles. De manera sincrónica, hacia «adentro» de las capas que constituyen la densidad y la pluralidad de los grupos sociales de las sociedades del continente, en lo que tiene que ver con la inclusión en el campo de la literatura de las prácticas sociales y discursivas de sectores no hegemónicos y/o no ilustrados de la sociedad.

«Procesos de representación» de América Latina en las historias de su literatura tiene que ver, entonces, con las categorías de descripción y la importancia que a estas se les concede en el discurso historiográfico. Las categorías de descripción postulan una «imagen» o un «concepto» de América Latina en estos textos, es esto lo que queremos señalar cuando nos interrogamos por la re-

¹ «Un paso epistemológico decisivo [en el proceso de definir el destino de la crítica literaria latinoamericana] es el de fijar el objeto de estudio alrededor del concepto de **discurso** latinoamericano, cuya relativa neutralidad permite hacer caso omiso de los tópicos más controversiales adheridos al más específico de **literatura**» (310) [Énfasis de R. Kaliman].

presentación de América Latina: no su entidad ontológica, sino las distintas aproximaciones y delimitaciones discursivas que construyen el objeto para su investigación. La configuración de esta imagen o de este concepto está en relación con la identificación de la cuestión latinoamericana y del reconocimiento de una singularidad específica en sus procesos literarios, en su literatura y en la imagen que esta literatura proyecta, a su vez, de América Latina. Pero está también en relación con los criterios de vinculación de la literatura latinoamericana con la tradición —con la integración en una secuencia de tiempo donde se reconocen o se niegan relaciones con el pasado—, con las literaturas metropolitanas —de nuevo en su pasado, pero también en la contemporaneidad de los fenómenos estudiados— y, de manera particular, en la inclusión y exclusión de manifestaciones, expresiones o prácticas discursivas que llegan —o, a veces, no logran llegar— a ser consideradas en el campo semántico del concepto de literatura. Pues, en la indagación sobre la cuestión latinoamericana en las historias de la literatura de América Latina, se hace evidente que la literatura no es sólo un lugar —o una práctica como lugar— de expresión de una identidad —en este caso, latinoamericana—, sino que es también una práctica de configuración de identidad: la literatura expresa, pero también configura identidades. La historia de la literatura, en su condición de un segundo nivel del campo literario (González-Stephan, 1985)², se constituye en un discurso que valida o impugna estos procesos de asignación de identidad, en primer término al construir la representación de América Latina.

² Beatriz González-Stephan identifica como niveles que constituyen el fenómeno de la literatura: el campo empírico de la producción literaria —todo el imaginario social escrito y oral—, que representa el primer nivel inmediato; las historias literarias —los discursos que, al tener como objeto el estudio y conocimiento de la producción literaria, la organizan y clasifican de acuerdo a un eje temporal—, segundo nivel; y, tercer nivel, la historiografía literaria, que sería el «estudio crítico de los procesos de formación del conocimiento histórico-literario y de la calidad de ese conocimiento» (1985: 44-45).

La invención de Latinoamérica

José María Samper (1969), uno de los primeros pensadores colombianos en reflexionar la idea del continente como una unidad, en 1861 en su *Ensayo sobre las revoluciones políticas*, da cuenta de la indefinición provisional del nombre con el que se debería referir el continente, expresando de esta manera la provisionalidad del continente mismo, el estado de configuración en el que se encontraba para entonces —cincuenta años después de los procesos de independencia en 1810—. Samper consideraba factible todavía invertir la preeminencia de los nombres, entregando a lo que conocemos hoy como América Latina, la denominación de Colombia, y como América, a lo que conocemos ahora como América del Norte. Poco importa la poca fortuna que tuvo la propuesta del autor colombiano. Lo que me interesa destacar en su gesto nominador son tres cosas. Primero, constatar la provisionalidad, como ya decía, del proceso de constitución de la identidad del continente, si es que podemos concederle a la nominación un peso importante en la configuración de identidad. En segundo lugar, poner en evidencia cómo la designación —y, por tanto, el proceso de asignación de identidad— se da siempre en relación con los otros, en este caso concreto —y de una manera que se volverá paradigmática—, en relación con el otro que es Europa y el otro que es Estados Unidos de América. En tercer lugar, el poder de inclusión y exclusión que tiene la denominación. Enfrentado con lo que supone una insuficiente comprensión de lo que es la sociedad americana por parte de los europeos, Samper traza un cuadro de la nueva sociedad:

Las sociedades europeas saben que tenemos volcanes, terremotos, indios salvajes, caimanes, ríos inmensos, estupendas montañas, mosquitos, calor y fiebres en las costas y los valles húmedos, boas y mil clases de serpientes, negros y mestizos, y una insurrección o reacción a mañana y tarde. [...] Pero ¿conocen acaso nuestra historia colonial, la índole de nuestras revoluciones, los tipos de nuestra razas y castas, la estructura de nuestras instituciones, el genio de nuestras costumbres, las influencias que nos rodean, las condiciones del trato internacional que se nos da, las tendencias que

nos animan, y el carácter de nuestra literatura, nuestro periodismo y nuestras relaciones íntimas? (1969: 3)

El «nosotros» que representa la voz autoral de José María Samper, incluso estando en proceso de configuración, es un nosotros que excluye: de un lado está la cultura —nuestra historia, nuestra revolución, nuestras instituciones, nuestra literatura— y del otro la naturaleza, asimilando allí de manera abusiva «indios salvajes» y «negros y mestizos». Dos temas aparecen aquí de manera inmediata. De un lado, la evidencia de que el continente se piensa por primera vez como unidad desde la mirada del conquistador, en la medida en que la unidad que reclama Samper es la otorgada por la cultura europea conquistadora. En segundo lugar, la vinculación de la cultura letrada, de la literatura, con un sector exclusivo de la sociedad; élite de la cual, el autor histórico que es José María Samper es un excelente representante. Estos dos temas reaparecen, con distintos contenidos, en las historias de la literatura latinoamericana que revisamos más adelante.

En su *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, Arturo Andrés Roig (1981) hace un recuento no exhaustivo de las denominaciones del continente americano: Indias occidentales, Nuevo Mundo, Nuevo Orbe, en los siglos XVI y XVII; en el siglo XVIII se generalizó, dice Roig, el ya por entonces antiguo término de América y el de América Portuguesa; pasada la mitad del siglo XIX, se hablará de América Latina; y continúa el autor: «A comienzo del siglo XX, y sin que dejen de usarse a veces y en particular los nombres que se imponen desde la segunda mitad del siglo XVIII, se hablará de “Hispanoamérica”, “Iberoamérica”, “Indoamérica”, “Euroamérica”, “Euroindia”, etc.» (26). Sabemos que las denominaciones que se desprenden del nombre genérico de Indias son todas el resultado de un error, de esas «Indias» que Cristóbal Colón suponía haber descubierto. Roig exhibe la condición negativa de las denominaciones que hacen depender de manera heterónoma el nombre de este continente del de Europa, reconocida como centro y norma: «La negatividad de la definición adquiere toda su fuerza en particular respecto de lo segundo, en cuanto que el mundo

“nuevo” por oposición al “viejo” tuvo permanentemente como trasfondo axiológico los contrarios “ser-no-ser”, “lleno-vacío”, “contenido-continente”, “historia-naturaleza”, etc.» (26). De la misma manera, el autor da cuenta de la razón que hace hegemónica la denominación de América Latina, fruto del enfrentamiento de los imperios sajón y francés, sobre todo, a partir de la invasión de México por los franceses en 1861 y de su propósito —imperialista— de imponer un «panlatinismo» que afirmara su primacía frente al imperio y la cultura sajones: «El término ‘América Latina’ aparece en el pensamiento francés de la época dentro de un “europeísmo” elaborado como una filosofía de la historia justificadora del papel de Francia en el mundo. De este modo, en el término en cuestión, lo que aparece subrayado es la adjetivación que se agrega a “América”; la “latinidad” es lo que da sentido a la “americanidad”, pero se trata de una “latinidad” que es primordialmente “europeidad”» (30).

Nos interesa dar cuenta de que la historia de un nombre no es meramente la historia de una denominación, sino que está en relación con lo que Roig llama «un proyecto de sujeto histórico». Un proyecto en el cual está por verse su capacidad de inclusión y su capacidad de sustraerse a la dialéctica del amo y del esclavo, o del explotador y el explotado. Y aún podríamos nosotros añadir, de la dialéctica excluyente de civilización y barbarie. Por eso, la del nombre y la de la identificación de América Latina son unas historias «trágicas», en el sentido de inconclusas, de perennes, que reclaman un «proceso de acumulación de memoria organizado a partir de los sucesivos proyectos de unidad» (1981: 28), para dilucidar un necesario proceso de humanización que queda pendiente de ser asumido en el continente. Es esta misma problemática, la de la identificación y la de la configuración de lo que constituye el continente, la que sintetiza César Fernández Moreno (1992) en el título del primer apartado de la introducción de *América Latina en su literatura*, que se presenta como un interrogante: «¿Qué es América Latina?» Este interrogante, no obstante, no tiene inmediata respuesta: «¿Qué es América Latina? Quizás deberíamos saberlo ya, dado que la expresión integra el nombre del proyecto [el libro mismo del que el artículo es la introducción]. Y, sin embargo,

no lo sabemos todavía. Tenemos diversos conceptos sobre ella: jurídicos, culturales, políticos, históricos. Pero todavía no está redondeado, no está claramente definido un concepto general que englobe a todos los particulares» (16-17).

Es en la tarea de revaloración crítica del proyecto humanista que evoca Roig, en la crítica del nosotros excluyente en el que se afina Samper, en la dilucidación de las relaciones con ese otro —Europa, Estados Unidos— frente al cual se construye una identidad y una identificación continentales, en el proceso de aportar respuestas al vacío o a la provisionalidad que dejan sin respuesta el interrogante de Fernández Moreno, que las historias de la literatura juegan un papel y tienen una función fundamentales que cumplir en el proceso de configuración de América Latina. Proceso, o mejor, procesos, que queremos indagar en el siguiente grupo de historias de la literatura.

Configuración discursiva del concepto de América Latina en las historias de la literatura latinoamericana

Más que de un concepto o de una imagen postulada, la representación de América Latina en las historias de la literatura latinoamericana se empieza a delinear como resultado del proyecto global de la historia misma. Surge del entramado que configura la delimitación espacial-geográfica-temporal de la entidad territorial y cultural que es América Latina; de la dimensión del concepto de literatura a la que recurre el discurso historiográfico para determinar las obras que son representativas del fenómeno de la literatura; del poder de inclusión o de exclusión del criterio de selección de las obras, manifestaciones o prácticas literarias que son reconocidas por el historiador como fenómeno historiable; de la pluralidad de sectores sociales y culturales productores de esas manifestaciones que arriban a la categoría de productor de cultura con entidad suficiente para ser reconocido por el historiador; en fin, de la pluralidad de expresiones que constituyen el corpus reconocido por el historiador y por el texto historiográfico. Es este conjunto de variables el que queremos interrogar ahora en las historias que citamos a continuación.

La *Historia de la poesía Hispanoamericana* de Marcelino Menéndez y Pelayo (2008) es uno de los primeros proyectos de escritura de una historia de la literatura de América Latina. Aunque limitada a la producción lírica, las consideraciones del autor para definir el marco de la historia, además de las «noticias sobre los poetas épicos y dramáticos», más allá de la lírica, de las introducciones, como señala el mismo autor, son suficientes para que «puedan estimarse en conjunto como una historia bastante minuciosa de la poesía castellana en América» (2008: 3). Como señala José Miguel Oviedo (2005), y ese es el interés que nos hace detenernos en ella, la historia de Menéndez y Pelayo es el primer y más completo repertorio de su tipo en su tiempo, y es parte de un proyecto de raíz nacionalista del hispanismo europeo: «quería demostrar que, así como la literatura gallega o portuguesa era literatura “española”, también lo era la producida en la “España de ultramar”» (2005: 26). De allí, del hecho de que la literatura latinoamericana sea considerada una «extensión o provincia» de la metropolitana, se desprende, para Oviedo, el error que contribuyó a difundir una aplicación «mecánica y acrítica de ciertos modelos o estilos de época [...] para ordenar el corpus literario hispanoamericano en unidades comprensibles». La conclusión, para Oviedo, no se hace esperar: «Subrayando excesivamente las afinidades y semejanzas se perdieron de vista las esenciales diferencias y transformaciones». La aplicación acrítica de estos modelos habría hecho perder la singularidad de la escritura latinoamericana (26).

Pero no es la singularidad de la literatura hispanoamericana lo que quiere demostrar Menéndez y Pelayo, sino, antes bien, la continuidad del proyecto cultural hispano y la pertenencia natural de aquella literatura a este proceso. El criterio determinante de esta comunidad cultural lo da la lengua castellana, legada por los españoles a América. Son, igualmente, manifestaciones importantes del legado de la cultura: la inscripción de América en el orbe de la cultura europea, la filiación que se restablece después del trauma de las guerras de independencia y la temporalidad compartida a partir del momento de la Conquista y Colonia de América por España. Se hace así claro, en la argumentación del autor, el proceso

de dominio hegemónico que funda esta comunidad cultural. El acto de legar la lengua castellana a parte del continente americano hermana a España, representante del «genio de la Europa meridional, del organismo latino y católico», con la «civilización de la Europa septentrional, del espíritu germánico más o menos modificado, del individualismo protestante», que lega su lengua y su cultura a otra parte mayoritaria del continente, y a ambos con las culturas clásicas que lograron «extender su imperio por regiones muy distantes de aquellas donde tuvieron su cuna» y que, al sobrevivir a sí mismas en los pueblos colonizados, persisten «en los labios de gentes y de razas traídas a la civilización por el pueblo que primeramente articuló aquellas palabras y dió a la lengua su nombre» (Menéndez y Pelayo, 2008: 5).

La lengua, cedida mediante un proceso imperial de dominación que Menéndez y Pelayo quiere leer como de civilización, configura la comunidad al señalar los límites de la cultura: tanto en el tiempo como en el reconocimiento de los hechos que trascienden el terreno de lo incivilizado y acceden al espacio de esta cultura así definida. Y, justamente, la historia de la literatura, el evento de su escritura, actúa como suceso configurador de esa comunidad, de la admisión a la cultura oficial. «Nosotros también debemos contar como timbre de grandeza propia y como algo cuyos esplendores reflejan sobre nuestra propia casa, [...] la consideración de los cincuenta millones de hombres que en uno y otro hemisferio hablan nuestra lengua, y cuya historia y cuya literatura no podemos menos de considerar como parte de la nuestra» (2008: 7), dice Menéndez y Pelayo, para dar cuenta de la relación dependiente que permite el legado de la lengua y, en contrapartida, la apropiación de la literatura de tramitar. Comunidad y apropiación que se sellan en el acontecimiento de la celebración del centenario de la Independencia. Entonces, cuando se celebra el centenario y están restablecidos los lazos, «ha parecido oportuno consagrar en algún modo el recuerdo de esta alianza, recogiendo en un libro las más selectas inspiraciones de la poesía castellana del otro lado de los mares, dándoles —digámoslo así— entrada oficial en el tesoro de la literatura española, al cual hace mucho tiempo que debieran estar incorporadas» (8).

En este contexto, Menéndez y Pelayo traza los límites —es decir, define y determina— de lo que constituye la literatura americana, en un modelo que actuará como paradigma, a seguir o a criticar, en las historias literarias del continente que vendrán luego de la del español. Esta delimitación, que es al tiempo un programa, se contiene en cuatro puntos. Primero, el historiador debe guiarse por un criterio universal que obtiene su sanción del modelo metropolitano erigido en norma³. Segundo, la lengua castellana define los límites de lo que puede ser considerado literatura⁴. En tercer lugar, se excluye de la literatura toda producción literaria indígena —anterior o posterior a la Conquista— en lenguas americanas⁵. Finalmente, el origen de la literatura hispanoamericana se ubica en y se asigna al Descubrimiento y Conquista de América por parte de los españoles⁶.

La delimitación de su objeto, la prescripción de la actitud del historiador, el régimen de inclusiones y de exclusiones que preside

3 «[El historiador debe guiarse no por las escuelas sino] por aquellos principios de buen gusto universalmente adoptados en la crítica moderna, por aquella especie de estética perenne que (salvo extraviados pasajeros) canoniza en todo tiempo lo bueno y execra lo malo, y por aquella doctrina técnica que, menos sujeta a error que las disquisiciones puramente metafísicas sobre el arte, conduce a resultados seguros, aunque modestos en lo que toca a la forma exterior de las composiciones, dentro de cada tiempo, de cada género y de cada lengua» (Menéndez y Pelayo, 2008: 8).

4 «Trátase sólo de la poesía *castellana* en América, quedando excluida con ello otra poesía no castellana de lengua, aunque pueda ser calificada de española en el sentido más tradicional y etnológico de la frase, es a saber: la opulenta poesía brasileña, que es quizá la más americana de toda América sin que por eso deje de ser esencialmente portuguesa» (Menéndez y Pelayo, 2008: 9).

5 «Sea cual fuere la antigüedad y el valor de los pocos y oscuros fragmentos literarios que de esas lenguas primitivas quedan [...], su influencia en la poesía española de América ha sido tan escasa, o más bien tan nula [...], que la historia de esa poesía puede hacerse en su integridad prescindiendo de tales supuestos orígenes y relegándolos al estudio y crítica del filólogo» (Menéndez y Pelayo, 2008: 10).

6 «Fijados así los límites de nuestra *Antología* por razón de la lengua, ha habido que fijarlos también por razón del tiempo. Figuran en esta colección los poetas del tiempo de la Colonia, lo mismo que los posteriores a la separación» (Menéndez y Pelayo, 2008: 11).

la constitución del canon y los criterios de comunidad cultural que determinan la identidad de Hispanoamérica —en su filiación con España—, determinan todo un programa para la historia literaria de Menéndez y Pelayo y, quizás, para la historia de la literatura que vendrá, el cual se sintetiza en la formulación extensa del autor:

La poesía americana de que vamos a tratar no es de las elegías del rey de Tetzuco, Netzahualcoyotl, ni la del *Ollantay*, drama quichua no anterior del siglo xviii, sino la que llevaron a América los colonos españoles y conservan sus descendientes. Si algo del americanismo primitivo llegó a infiltrarse en esta poesía (lo cual es muy dudoso), sólo en este sentido podrán tener cabida tales elementos bárbaros y exóticos en un cuadro de la literatura hispanoamericana, la cual, por lo demás, ha seguido en todo las vicisitudes de la general literatura española, participando del clasicismo italiano del siglo xvi, del culteranismo del xvii, de la reacción neoclásica del xviii, del romanticismo del presente y de las influencias de la novísima literatura extranjera, especialmente de la francesa y de la inglesa. Esto no excluye gran originalidad en los pormenores; pero el fundamento de esta originalidad, más bien que en opacas, incoherentes y misteriosas tradiciones de gentes bárbaras o degeneradas, que para los mismos americanos de hoy resultan [...] extrañas, [...] ha de buscarse en la contemplación de las maravillas de un mundo nuevo, en los elementos propios del paisaje, en la modificación de la raza por el medio ambiente, y en la enérgica vida que engendraron, primero el esfuerzo de la colonización y de la conquista, luego la guerra de separación, y, finalmente, las discordias civiles. (Menéndez y Pelayo, 2008: 10)

Por su parte, en *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, Pedro Henríquez Ureña (1994) vincula el estudio de la literatura hispanoamericana con la «busca de nuestra expresión». En el recorrido que hace por la historia de Hispanoamérica, sus etapas, sus entidades políticas, los debates de los escritores y las obras que dan forma a esa «nuestra expresión», Henríquez Ureña parece ser orientado por el deseo de darle configuración a una Hispanoamérica entendida como lugar de un hombre nuevo que

acrisola las tendencias y las culturas aportadas por los habitantes aborígenes del continente, los españoles y los africanos. Se trata de la imagen del mestizo. Pero se trata también de una configuración de Hispanoamérica, de la construcción de una imagen de ese continente y de esa realidad cultural y social, que no deja de estar en movimiento, pero que, en la reflexión de Henríquez Ureña, parece anunciarse en el momento mismo del encuentro entre españoles y aborígenes, y en el dilatado tiempo de la Colonia.

Las imágenes más expresivas de los primeros capítulos del texto de Henríquez Ureña, los que a mi modo de ver construyen el objeto —sociedad y literatura del Nuevo Mundo—, son las de la movilidad, el dinamismo, el intercambio y el acrisolamiento de costumbres, lo que el autor nombra de manera privilegiada con el concepto de «fusión». Todo este proceso de fusión, que se inicia en el Descubrimiento de América por los españoles y se desarrolla a lo largo del periodo de la Colonia, desemboca en la primera mitad del siglo XIX en la declaración intelectual de la mayoría de edad y en la postulación de la tarea de búsqueda de la propia expresión, que se argumenta en Henríquez Ureña como el destino de América hispánica, como lo lee el autor en las *Silvas americanas* de Andrés Bello en 1823:

En una época de duda y esperanza, cuando la independencia política no se había logrado por completo, los pueblos de América hispánica se declararon intelectualmente mayores de edad, volvieron los ojos a su propia vida y se lanzaron en busca de su propia expresión. Nuestra poesía, nuestra literatura, habían de reflejar con voz auténtica nuestra propia personalidad. Europa era vieja; aquí había una vida nueva, un nuevo mundo para la libertad, para la iniciativa y la canción. (Henríquez Ureña, 1994: 9)

Más adelante, vuelve sobre el tema de la «independencia intelectual», de nuevo leída en Andrés Bello, para destacar el gesto de quien, como Bello, ya concluida la guerra de independencia, «tiende la mano franca y desarmada al español» (1994: 103).

Me parece fundamental destacar dos aspectos en la configuración de esta «nuestra» Hispanoamérica que construye Hen-

ríquez Ureña en su historia de la literatura hispanoamericana: la irrupción del Nuevo Mundo como objeto literario en las crónicas de Cristóbal Colón y la concreción del origen del proyecto de la «expresión americana» como vinculado a la «mayoría de edad» que representan las guerras de independencia a partir de 1810. Porque estos actúan como momentos fundacionales de la expresión americana, la cual aparece en su discurso como un destino que se insinúa ya en el encuentro entre españoles y aborígenes en el momento de la Conquista. Henríquez Ureña vincula estos dos momentos fundacionales: «Siglos antes de que esta busca de la expresión llegase a ser un esfuerzo consciente de los hombres nacidos en la América hispánica, Colón había hecho el primer intento de interpretar con palabras el nuevo mundo por él descubierto. Como navegante, lo abrió a exploradores y conquistadores; como escritor, lo descubrió para la imaginación de Europa» (1994: 10).

En la historia literaria de Henríquez Ureña, la búsqueda de la expresión americana está directamente vinculada con el acrisolamiento de culturas que se da en la fusión y en el mestizaje. Los conceptos de «Nuevo Mundo» y «nueva sociedad», con los que refiere el periodo de la Colonia, crean el marco en el que se resolverá la tarea de la expresión. Desde este presupuesto, la imagen de América hispánica que se configura es la de la realización de ese destino: Nuevo Mundo, hombre nuevo —«noble salvaje», «hombre natural»—, contraste entre naturaleza y cultura, mutuo legado de cultura y naturaleza y fusión en una nueva entidad cultural y social: «La conquista y la población del Nuevo Mundo por las dos naciones hispánicas dio origen a una sociedad nueva, probablemente distinta de cualquiera de las ya conocidas y, con seguridad, nunca igualada en cuanto a la magnitud del territorio en que se extendía. Se alzaba sobre bases tradicionales y conocidas: de un lado los conquistadores, del otro los pueblos conquistados» (1994: 34). Lo que predomina en esta nueva entidad es el continuo flujo y reflujo, la movilidad y la adaptación: «Así, la nueva sociedad de la América hispánica [...] en conjunto se mantuvo en una condición fluida, debido a los cambios frecuentes en las fortunas de los individuos, a su movilidad y a su adaptación a las nuevas circunstancias. Hubo

un continuo flujo y reflujo, entre España y sus colonias, un movimiento general de la sociedad [...]» (39). Ese intercambio entre conquistadores y conquistados, el encuentro de estas heterogeneidades, desembocaría en la producción de un nuevo tipo de hombre: «la que había sido al principio sociedad heterogénea de la América hispánica produjo, con el tiempo, un nuevo tipo de hombre, un tipo predominante, aunque todavía general: el *homen novo* del sociólogo Euclides da Cunha, el «nuevo indígena» del poeta José Joaquín Pérez. No se trata de una raza, claro está, ni siquiera de una particular mezcla racial, sino del resultado de muchas generaciones de hombres de distinto origen que han vivido juntos y bajo las mismas condiciones» (45). Es esta fusión de culturas la que se hace evidente en la literatura, es decir, la que funda y delimita el alcance de la noción de literatura y determina su proyecto de expresión americana. De manera correlativa, es esta América mestiza el contenido que delimita la expresión de América Latina en la reflexión de Henríquez Ureña.

En la *Historia de la literatura hispanoamericana* de Enrique Anderson Imbert (2003), que tiene una primera edición en 1954, ya desde el prólogo, el autor plantea el problema de hacer una historia de la literatura en cuanto a cuál serie dar más importancia: si a la histórica o a la literaria. Anderson Imbert declara haber intentado sintetizar ambas series. Para lograrlo busca comprender de manera global la literatura del continente, tratando de huir de los esquemas ordenados exclusivamente por la nacionalidad, los géneros literarios o las corrientes —escuelas— artísticas. El autor establece diferentes periodos caracterizados por el marco histórico y las tendencias culturales, rúbricas que se repiten en cada apartado del texto como dos partes constitutivas del mismo. A continuación, cada segmento histórico-generacional se ordena a partir de una estética general: Renacimiento, barroco, Ilustración, neoclasicismo, romanticismo, naturalismo, modernismo, en el primer volumen. En el segundo volumen se enuncian las estéticas dominantes de cada periodo cronológicamente: modernismo, vanguardias, surrealismo, existencialismo, neorrealismo, conciencia del oficio literario, que nombra la producción literaria más contemporánea.

En la limitación de la literatura hispanoamericana a aquella que se produce en español y por españoles o criollos que habitan en América y en la concepción del hombre americano como expresión de un hombre nuevo, fruto de la síntesis del encuentro del español con el aborigen americano, Anderson Imbert da cuenta de la herencia que recibe de los proyectos historiadores de Menéndez y Pelayo y de Henríquez Ureña.

El proyecto de Anderson Imbert se concentra en dar cuenta de las «tendencias y escuelas predominantes» en la literatura hispanoamericana desde el Descubrimiento hasta el final del siglo xx, desde una consideración de las estéticas generales y la historiografía europeas tomadas como norma y modelo, al tiempo que busca reseñar las «aportaciones originales» de los países americanos, cubriendo los tres géneros canónicos de épica, lírica y drama. Apoyado en una comprensión del tiempo histórico como tiempo continuo y homogéneo, como una sucesión consistente, el curso de la construcción historiográfica se apoya en el método generacional, por el cual son identificadas las «figuras principales» de cada periodo. Como lo señala el editor, la historia de Anderson Imbert es una «crónica» de la «trayectoria a la mayoría de edad, el profesionalismo, el notable paso [de la literatura del continente americano] para transformarse en una de las primeras del mundo». Esta crónica se construye mediante la presentación en simultaneidad de las figuras principales que protagonizan la historia literaria y los movimientos sociales, históricos y culturales que constituyen el contexto en el que aparecen.

El deseo de vincular en simultaneidad las figuras de la literatura, seleccionadas con base en el criterio cronológico de las generaciones, con los acontecimientos históricos, que actúan como marco, y los acontecimientos culturales, de manera predominante los europeos, que actúan como norma y referencia a partir de los cuales identificar las particularidades de los equivalentes en los países de Hispanoamérica, busca prevenir a la historia de su reducción a una sucesión de ensayos discontinuos —que sería el resultado de una atención en las obras individuales— o a una «historia de la literatura sin literatura» —que sería el peligro que

acecha a una historia que se concentre en demasía en las circunstancias de la creación y de los creadores literarios—. Para Anderson Imbert, se trata de construir una historia que dé «sentido a los momentos de expresión de ciertos hombres que se pusieron a escribir a lo largo de los siglos» (2003: 7). Es decir, integrar obras y circunstancias de producción «dentro de la existencia concreta de los escritores». Esto expresa la convicción del autor —y del método que sigue— de que las figuras individuales de los escritores son las unidades mínimas para el recuento de la historia: «cada escritor afirma valores estéticos que se han formado mientras contemplaba su horizonte histórico: y son estos valores los que deberían constituir el verdadero sujeto de la historia de la literatura» (7). Es decir, finalmente, por encima de los autores históricos, son los valores estéticos los que se constituyen en el verdadero sujeto de una historia literaria. En el caso de Hispanoamérica, además, el seguimiento de estos valores en el tiempo, pasa por encima de la consideración de la «expresión estética» para dar cuenta del reconocimiento de que nuestras contribuciones efectivas a la literatura internacional son mínimas y de que en nuestra constitución como naciones a lo largo de la historia hemos tenido «mil obstáculos» con los que tropieza la creación literaria (7).

De acuerdo con el postulado de Anderson Imbert de tomar al autor como unidad mínima del recuento histórico, el corpus de obras estudiadas se sintetiza en la producción de un grupo reducido de autores. A su vez, la identificación y la constitución de la literatura estarían dadas por la asunción de un concepto estético general: la literatura estaría configurada por «los escritos que se pueden adscribir en la categoría de la belleza», «la realidad que se ha transformado, bien o mal, en literatura». Y el sentido de la historia estaría expresado en la tarea de hacer «un recorrido amplio de escritores», pero con la vista puesta en buscar «a los pocos que han expresado valores estéticos» (2003: 8). Así, si en los primeros periodos reseñados —la Colonia, que incluye el Descubrimiento y la Conquista—, el cronista aceptará «hombres de acción con crónicas en las que se aprecia su “cuota literaria”», cuando se acerca a su contemporaneidad, sus criterios se vuelven más rigurosos en

el «deslinde» de lo que es literatura de lo que no es. Aquí se imponen entonces la identificación y la normatividad de los géneros clásicos: la poesía, el poema en prosa, el cuento, la novela, el teatro y el ensayo —en tanto modalidad de las bellas letras—.

Si bien la reseña de los acontecimientos históricos y sociales, que actúan como marco, acompañará la presentación de los autores estudiados, Anderson Imbert se propone separar la historia de la literatura de una historia de la cultura. La ausencia de esta separación, de acuerdo con el autor, pondría en peligro la identificación de las obras y de la actividad de los productores de obras. En tanto que historia de la literatura y no de la cultura, su historia «no aspira a decirlo todo» (2003: 8). Pero en tanto que historia de la literatura, el primer paso es el de la definición programática del concepto de literatura. En la configuración de la literatura como objeto de la historia que realiza Anderson Imbert, lo que se da es su limitación a aquella literatura escrita en español. Es evidente, como decíamos, la vinculación con el proyecto de Menéndez y Pelayo y, aun, con el de Henríquez Ureña, cuya filiación exhibe Anderson Imbert mismo. De entrada, esto significa, como el autor expresa, que la literatura en Hispanoamérica se origina con la llegada del europeo; en segundo lugar, que el criterio determinante para esta identificación es el de la comunidad de la lengua española. El autor señala que la literatura que se estudia es la que se da en América y escrita en español: llega con los españoles —como crónicas— y termina en la actualidad. No incluye las creaciones-producciones-expresiones de indios aborígenes, ni de extranjeros de lengua en América, ni de españoles fuera de América: «La literatura que vamos a estudiar es la que en América se escribió en español. No ignoramos la importancia de las masas de indios. Pero, en una historia de los usos expresivos de la lengua española en América corresponde escuchar solamente a quienes se expresaron en español» (9).

Por otra parte, el autor es consecuente en la interpretación de la historia como un «todo continuo»: «aquí mostraremos a los es- critores unos tras otros, en el orden en que vinieron al mundo e ingresaron en la vida literaria» (2003: 9). A partir de la postulación de la continuidad, se entiende que los periodos sean «convenciones

de división». La periodización debe ajustarse a los hechos, respetar la complejidad de cada época. Los periodos se organizarán en sistema, pero no tienen que ser regulares. Se adopta una clasificación histórico-política —«inofensiva como criterio»— en tres partes: la Colonia, Cien años de República y la Época contemporánea. Lo que importa es la «interpretación total de un proceso continuo» (11). Si bien, también es posible apelar a otros criterios de ordenación como los de nacionalidad, géneros, escuelas, temas, pero siempre subordinados al criterio cronológico.

A la condición de la historia como crónica del devenir cronológico, a partir de la identificación de individualidades representativas, se une también, para dar contenido al proyecto de historia, la identificación de Hispanoamérica y el proyecto de que la historia se constituya en una «suma». De allí la importancia de la imagen que de América se postula. América es Hispanoamérica, es decir, el conjunto de países donde se habla español, donde prevalece la comunidad de lengua: una «gran patria unida por la lengua». Es también una «unidad cultural» conformada por varias «ilusorias» literaturas nacionales. Anderson Imbert privilegia el criterio de unidad por la lengua, aunque reconozca que esta unidad en efecto está rota, por las diferencias y particularidades de las unidades nacionales. De esta convicción surge el criterio de la historia —privilegiar la región en desmedro de la unidad nacional⁷—, al tiempo que surge el objetivo de la misma: «juntar lo disperso, clasificar el fárrago, iluminar con una única luz los rincones oscuros de una América rota por dentro y, por tanto, desconocida, poner en manos del lector una suma» (2003: 13).

La *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*, de Ce-domil Goic (1988), continúa y, en cierta medida, cierra aquí el ciclo

7 Anderson Imbert identifica la tensión entre la unidad de la región —por la lengua— y la dispersión de las naciones —por las particularidades de sus procesos históricos y sociales—: «Agrupar a los escritores por países hubiera roto la unidad cultural de Hispanoamérica en diecinueve ilusorias literaturas nacionales». Sin embargo, el autor es consciente de que esta unidad es más analítica que efectiva. Esta unidad de Hispanoamérica se deduce por la interpretación, porque en la práctica América está «rota».

de historias de la literatura latinoamericana en las que la identificación de la literatura latinoamericana se hace, de manera privilegiada, como prolongación de la literatura hispánica. En el texto, que Goic escribió entre 1983 y 1985 y el cual publicó en 1988, reencontramos el problema de la denominación del continente —«La constitución del estudio de la literatura hispanoamericana como disciplina encuentra una primera dificultad en el nombre que la designa. Los nombres de América Hispánica, y los gentilicios *iberoamericana*, *hispanoamericana*, *latinoamericana* son modificativos que hablan de una imprecisión fundamental de la identidad objetiva de esta literatura» (1988: 24)—. Reencontramos también el criterio de la lengua como determinante de la singularidad: «Uno de los determinantes de la singularidad de la literatura española en América, es la lengua que, por un lado, hispanizó el Nuevo Mundo y dio nombres españoles a cosas nuevas en atención a su semejanza con lo conocido por el descubridor y conquistador, y, por otra parte, fue americanizada al admitir las voces indígenas desde la primera hora del descubrimiento» (27). Pero, sobre todo, reencontramos la condición hispánica de esta literatura, que el autor sintetiza haciendo referencia, al tiempo, a la literatura y a las historias de la literatura que lo han precedido, en la afirmación: «Antes de ser un objeto de estudio independiente la literatura hispanoamericana fue un capítulo de la literatura española» (24). Esta identificación de la literatura de América Latina como extensión de la española se hace más fuerte y expresiva en la caracterización de la literatura durante la Colonia:

El hecho de que esta sea una parte de la literatura española, en la que se afirma la esencial continuidad histórica y cultural entre península y continente americano, y el que sea a la vez una forma modificada de la historia y cultura española en América, hace que se configure como un objeto de estudio doble: uno, de seleccionados valores que el historiador incluye como expresión de la cultura española en América [...] y, otro, de estos y otros valores importantes y secundarios que conforman el conjunto de autores que el crítico considera en el campo especial de la literatura hispanoamericana. (Goic, 1988: 24)

En *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*, el autor recopila textos de múltiples críticos e historiadores, y organiza temáticamente y cronológicamente estos materiales. Además de la introducción y de la selección y organización de los materiales reproducidos, la visión del autor, Goic, se expresa en los artículos introductorios de cada sección de las múltiples en que se dividen los tres libros que componen la historia. Se expresa también en la delimitación temporal de los periodos en que se organiza el texto y en la concepción de la historia. Así, el tiempo de la historia comienza para Goic en el Descubrimiento de América por los españoles y con la literatura en español; de manera consecuente, el aspecto de la lengua es fundamental para otorgarle una identidad a esta literatura hispanoamericana y para dar cuenta de la continuidad de la cultura hispánica en el nuevo continente (9). De la misma manera, el autor renuncia a un registro exhaustivo de todas las manifestaciones y expresiones literarias. El núcleo de la obra lo constituyen las obras, los autores, los movimientos y tradiciones «de primera magnitud y mayor vigencia para el lector de hoy» (12). Por otro lado, las fuentes y las obras —o investigaciones previas— que configuran el contexto en el que se inscribe la presente historia son anunciadas desde el inicio. Este anuncio es importante, porque ilustra la tradición historiográfica en la que se inscribe la obra actual y porque permite al lector conocer el estado de las problemáticas desde el cual parte el autor para instaurar su propia comprensión del problema: la obra crítica e historiográfica de P. Henríquez Ureña, J. Leguizamón, A. Torres Riosco, L. A. Sánchez, E. Anderson Imbert, J. J. Arrom y, para un capítulo sobre Borges, Walter D. Mignolo (14). Pero, además de definir el contexto de la investigación, estos autores y obras se convierten, en una gran medida, en coautores del texto. Su contribución ha orientado la selección de los valores literarios de Hispanoamérica, los autores y las obras de mayor magnitud, y luego la comprensión de las tendencias y su principales criterios literarios, su periodización y sus problemas.

Señalemos, finalmente, dos aspectos que están en relación directa con la identificación de América Latina, los cuales tienen que ver con la identificación de los momentos clave, fundacionales, de

la constitución y conformación de América Latina y de su literatura. El primero es el de los acontecimientos que abren y cierran el periodo colonial: «La historia de la literatura hispanoamericana colonial se desarrolla entre dos acontecimientos excepcionales que abren y cierran respectivamente el campo objetivo de su estudio, coincidente con los tiempos modernos: el descubrimiento de América y la independencia hispanoamericana» (Goic, 1988: 23). El segundo es la identificación del gesto que parte en dos la historia de Hispanoamérica, como expresión de la autonomía y autoconciencia ganada por los sectores criollos que llevan a cabo la gesta de la independencia y que se afirma en las literaturas nacionales: «La visión de una literatura colonial encierra un obvio supuesto político que el siglo XIX postuló sistemáticamente desde el momento de la independencia. Esto condujo a los historiadores liberales y positivistas del siglo pasado [XIX] a la afirmación de una literatura nacional, surgida de la independencia, con menos precio y deformación política de la comprensión de la historia anterior vista como sujeción, opresión despótica, oscurantismo cultural y fanatismo religioso» (23). Finalmente, la reiteración del argumento de Menéndez y Pelayo de la literatura hispanoamericana como continuidad del proyecto hispánico, pero modificada por el aporte de las circunstancias del continente, lo que Cedomil Goic sintetiza así: «En el lapso de tres siglos tienen lugar la apropiación e hispanización del Nuevo Mundo por España y el establecimiento de una sociedad organizada y desarrollada en íntima relación con la historia y la cultura de la península, pero modificada por las circunstancias americanas» (23).

Revisamos ahora, para cerrar la serie, dos últimas historias, que son también las de más reciente escritura: de la literatura latinoamericana, la primera de José Miguel Oviedo (2005) y la segunda de Juan Villegas (2005), del teatro y las teatralidades de América Latina, que se postula como una historia multicultural. Como veremos, la historia de Oviedo no impugna de una manera radical la «esencial continuidad» histórica y cultural entre la tradición hispánica y el continente americano, sin embargo sí acomete una discusión documentada sobre los criterios de esta continuidad

y, en general, sobre los qué estructurar la historia. Villegas tampoco niega esta continuidad, pero sí arriesga una interpretación más compleja de las conformaciones de las sociedades locales en los distintos momentos de la historia y, así, relativiza el automatismo de esa continuidad.

La *Historia de la literatura hispanoamericana*, de José Miguel Oviedo (2005), aborda desde su introducción varios de los interrogantes sobre los criterios con los que la historia de la literatura aborda la problemática que queremos estudiar: ¿Cuáles son las bases epistemológicas para acometer la tarea de historiar? ¿Cuáles los criterios para interpretar y vincular la tradición con la literatura latinoamericana en proceso? ¿Cómo dar cuenta de la singularidad de la literatura latinoamericana? Oviedo se propone «leer el pasado desde el presente y ofrecer un cuadro vivo de las obras según el grado en que contribuyen a definir el proceso cultural como un conjunto que va desde las épocas más remotas hasta las más cercanas en el tiempo» (2005: 17), asumiendo para el historiador un «riesgo» de interpretación personal valorativa, por el cual: «el historiador realiza una operación intelectual que combina las tareas del investigador, el ensayista y el crítico, cuando no la propia de un verdadero autor cuyo tema no es él, sino su relación con otros autores» (18). Es desde la asunción de este riesgo interpretativo que el historiador Oviedo plantea y responde los interrogantes sobre la construcción de la historia: ¿Qué entender por literatura y cómo establecer sus valores? ¿Qué entender por «hispanoamericana» en la denominación de literatura hispanoamericana? ¿Cómo organizar geográfica y periódicamente el material literario? ¿Cómo entender la relación literatura y sociedad?

En la delimitación del alcance y contenido de lo que significa literatura, Oviedo hace el recuento de las principales exigencias a la historia como configuradora de un canon. Repasa lo que llama el surgimiento de una «tendencia revisionista» que «llama la atención sobre el hecho de que las líneas generales según las cuales la historia ha leído los textos hispanoamericanos han establecido un “canon tendencioso”; las cuales, al privilegiar unos textos sobre otros, habrían «falseado la interpretación de nuestra cultura, negándonos a

nosotros mismos» (2005: 18). En esta interrogación Oviedo aborda la problemática sobre cuáles son los límites de la literatura, sobre todo en la cuestión importante de cómo ampliar los límites de una visión estrecha de la literatura, para incluir otras prácticas y manifestaciones literarias. Oviedo acepta la inclusión de nuevos objetos y textos en la literatura, lo que se expresa mediante el privilegio del término «discursos» en lugar del de literatura, para incluir «todo aquello que sea portador de significado humano transformador de la realidad»; pero es menos abierto a la posibilidad de incluirlos en el estudio historiográfico, porque volvería «imposible» la tarea de la historia: «Es fácil comprender que una historia de esa totalidad es una empresa imposible, [...] es una nueva versión del viejo enciclopedia [...] que puede ser fascinante en teoría, pero irrealizable como tarea concreta» (19).

Al mismo tiempo, responde al reclamo de que la denominación de «literatura» dejaría por fuera la singularidad de lo hispanoamericano en su literatura, o en todo caso, gran parte de una producción discursiva que no se ciñe estrictamente al espacio que demarca el término tradicional de literatura, señalando que el término —literatura— no es recusable o inservible: «es un concepto que se renueva con cada época y que admite varias interpretaciones; es relativo a nuestra experiencia histórica y en ese sentido es particularmente revelador» (2005: 19). Pero, si bien opta por la vía más conservadora de perseverar en los límites de una literatura que conserva la designación y la significación construida por la tradición, Oviedo reconoce la importancia de la pregunta por lo singular. Lo que no acepta es que la interrogación sobre nuestras problemáticas —latinoamericanas— deba entenderse «en sus propios términos, sin interferencia de valores o prejuicios provenientes de otras culturas» (19). Sin afectar el hecho de que cada época y cultura interpreta lo que es «literatura», Oviedo establece su genealogía tradicional:

Nuestra concepción de ella proviene de la retórica griega, cuyo primer gran modelo es la *Retórica* de Aristóteles, (19) reelaborada a lo largo de los siglos por teóricos, retóricos y críticos, desde Longino hasta Barthes y De Man. [...] No creemos que haya que pedir dis-

culpas por aprovecharnos de ellos, ni que sea indispensable usar una nomenclatura completamente nueva, inmaculada de toda conexión con el mundo cultural eurocéntrico; en estas materias la tentación adánica puede tener el resultado contraproducente e indeseable de aislarnos más en el contexto global al que pertenecemos por derecho propio. (2005: 20)

El siguiente aspecto que queremos destacar en el planteamiento de Oviedo es la discusión sobre el alcance y el contenido del calificativo «hispanoamericana» en la expresión «literatura hispanoamericana», el cual está directamente en relación con nuestra interrogación sobre la delimitación, configuración e interpretación de Hispanoamérica en las historias de la literatura. Al señalar la insuficiencia de los criterios geográfico, genético o temático para circunscribir la literatura a estudiar, Oviedo señala que esta insuficiencia es heredada de la indeterminación y condición difusa del concepto de Hispanoamérica, exhibiendo como prueba la pluralidad de denominaciones que se ha intentado para nombrarla. Oviedo señala la dificultad que existe para definir una «esencia» en la delimitación de Hispanoamérica y señala su condición heterogénea: «Es una realidad múltiple, de extraordinaria diversidad y riqueza. [...] Ese abigarramiento o conjunción de lo dispar y disitante es precisamente Hispanoamérica, y eso explica la dificultad para aprehender su esencia y, consecuentemente, establecer los límites de su corpus literario» (21). Pero, habiendo reconocido esta heterogeneidad, se debe señalar, y Oviedo lo hace, el otro polo de tensión, el de la unidad, que el autor identifica como deseo o anhelo: «Siendo intensamente fragmentada y dispar, la cultura hispanoamericana tiene una continuidad en verdad sorprendente si se toman en consideración las barreras y los obstáculos que abren entre sus partes» (22). Lo que lo lleva a postular un criterio abarcador de las diferencias: «la literatura hispanoamericana será aquella que exprese ese denso y confuso fondo común, ya sea que los criterios geográfico, genético o temático estén todos presentes o falte alguno y aun todos» (22). Esta asunción se acompaña en Oviedo del reconocimiento de los vínculos que unen a la literatura

latinoamericana —«tan sólo una parcela»— con las literaturas de Occidente (23): «La literatura hispanoamericana no se define, pues, por sus fronteras geográficas: es un espacio cultural, no físico, en el que se abren espacios paralelos [...] y se producen superposiciones. [...] Las discontinuidades son tan importantes como las confluencias y son parte del conjunto que consideramos» (23).

Cuestión importante, también, en la delimitación de Hispanoamérica —lo que llamamos su constitución— es la tensión que se presenta entre las literaturas nacionales y la literatura del continente. Oviedo postula la función mediadora de la identificación de regiones —Rioplátense, Andina, Caribeña, Centroamericana y Mexicana—, con lo que denomina zonas intermedias —Paraguay, Colombia, Venezuela y Guatemala—. Así, plantea cómo el ámbito de la literatura no necesariamente coincide con el de un país: se puede hablar de literaturas nacionales, pero sin olvidar que no se trata de procesos autónomos, ni tampoco que estas literaturas se ciñan a un espacio geográfico definido: «Lo que sí tenemos son regiones o zonas culturales [...] marcadas por ciertos rasgos, prácticas y experiencias históricas» (2005: 25).

Los otros dos aspectos polémicos que aborda Oviedo en la introducción a su historia son los de los criterios de periodización y la condición de fenómeno social que tiene la literatura. El autor enuncia la dificultad que implica asumir los criterios de periodización privilegiadamente europeos que buscan ordenar los movimientos o transformaciones de las convenciones literarias. También señala la relativa insuficiencia de los periodos entendidos como una sucesión ordenada de momentos, como si la literatura se desenvolviera de manera teleológica hacia un fin. Esto lleva al autor a recurrir con «cautela» a las nomenclaturas y periodizaciones tradicionales. Esta cautela se expresa en el reconocimiento de que las periodizaciones establecidas pueden dar «una idea de los derroteros que tomaba nuestra literatura en distintas épocas», pero que es discutible «que operar[an] del mismo modo o signif[ic]aran lo mismo aquí que allá» (Oviedo, 2005: 26). La precaución para servir de los conceptos que identifican los cambios en la literatura europea se fundamenta en el reconocimiento de que la historia es

un «sistema plural y heterogéneo»; que la literatura «no progresa en línea recta ni en una dirección única, sino que se mueve entre retrocesos, adelantos, ecos, reflujos, reinterpretaciones, vueltas y revueltas» (27). Por otra parte, Oviedo reconoce que «la literatura es indudablemente un fenómeno social»; para inmediatamente señalar que esta afirmación es un punto de partida y no de llegada. La discusión sobre la autonomía de la obra literaria respecto del «subsuelo de su cultura», debe tener en cuenta, según Oviedo, que no se puede «reducir la creación literaria a una monótona serie de reflejos de la vida social» (29). Este reconocimiento de la condición social del fenómeno literario es, sin duda, frágil. Pero nos parece importante reseñarlo, primero porque su enunciación puede leerse como un signo del interés que empiezan a volcar las historias literarias a la problemática de la relación entre literatura y contexto social y cultural; en segundo lugar, porque su propia fragilidad amerita la discusión de otras propuestas —como las de Ángel Rama, Alejandro Losada y Carlos Rincón—, para las cuales la condición social de la literatura no es un aspecto liminal, sino central en la investigación y las historiografías literarias, a cuya revisión nos abocaremos en la última parte de este estudio. Pero antes, revisemos la propuesta de historia multicultural de Juan Villegas.

Nos referimos a la *Historia multicultural del teatro y las teatralidades en América Latina*, la cual ofrece una alternativa diferente en su estructuración, para mejor incluir, según declara el autor, una pluralidad mayor de registros de creación, mediante el reconocimiento de múltiples actores de variados sectores culturales y sociales en la producción literaria. Es esta una historia de un género, en este caso del teatro, entendido como producción dramático-literaria y del teatro entendido como producción espectacular, de donde proviene el énfasis o la inclusión de las «teatralidades» en su título. Pero aun siendo una historia de un género, de hecho, el menos referido en las historias generales de la literatura, enfrenta problemáticas que son comunes a las historias de la literatura latinoamericana: las preguntas por la periodización, por la actitud del investigador, por las inclusiones y exclusiones que determinan el canon, por las relaciones entre lo nacional y lo regional en la identificación del corpus.

Nos interesa de manera especial la propuesta del autor respecto de la periodización, de la conformación del corpus y, sobre todo, su argumentación a favor de la multiculturalidad como criterio para referir a Hispanoamérica y para ampliar el marco de las expresiones incorporadas al corpus de estudio.

Juan Villegas se propone mostrar las tendencias más significativas de los discursos teatrales y las teatralidades en América Latina, buscando captar las directrices generales, argumentadas en el análisis de sólo algunos textos de referencia para cada una de ellas (Villegas, 2005: 14). Para ello, plantea una discusión sobre la historia literaria y el propósito de acometer una re-escritura de la misma. Villegas discute lo que llama «el modelo de la historia del teatro». Este modelo privilegia los criterios de configuración del teatro según los cánones europeos, las obras que sancionan la aceptación de las élites ilustradas, las periodizaciones que provienen de los movimientos y momentos de la evolución de las literaturas y el teatro metropolitanos. El proyecto de «re-escritura» de la historia, que es el suyo, se propone mostrar que: «la insuficiencia de los modelos existentes y [...] la apropiación de modelos y términos fundados principalmente en textos de la alta cultura de Occidente contribuían a legitimar [sólo] textos asociables a dicha cultura» (11) y permitían o mejor «justificaban»: «la exclusión de textos que no coincidían con los cánones sustentadores de esa cultura» (11); permitían o justificaban también «prescindir de los contextos específicos de las producciones teatrales» y de su «función dentro de los proyectos nacionales de los distintos países» (11).

En esta historia del teatro, el autor continúa un proyecto ya antes esbozado: la «necesidad de nuevos modelos y nuevos cánones para la interpretación de los textos teatrales, cuya función sería aprehender las especificidades de los discursos latinoamericanos» (Villegas, 2005: 11). También busca poner en evidencia «la pluralidad de discursos coexistentes en cada momento histórico» y cómo «en los textos de “alta cultura”, los procedimientos técnicos constituían modos de legitimación estética»; mostrar que «los discursos teatrales cumplían una función dentro del conflicto de poderes fundadores de los proyectos políticos en distintas instancias

de la historia» (11). Plantea, entonces, que el punto de partida para la periodización en la historia del teatro «debiera ser los productores de los discursos» (12). Y, postulada la interrelación entre el teatro y las demás prácticas culturales, propone «la posibilidad de que la columna vertebral de una historia de la cultura y del teatro fuesen los desplazamientos de poder de los sectores productores de cultura y asumir sus consecuencias en el supuesto básico: América Latina como pluralidad cultural» (12). El énfasis que reclama de esta manera en la consideración de los productores de los discursos teatrales y en la búsqueda de la interrelación de estos mismos discursos con las demás prácticas culturales de las sociedades, da cuenta del concepto de historia del teatro que formula como historia cultural: un modelo que permita una interpretación multicultural de la cultura de América Latina y la inserción del teatro dentro del proceso.

Para dar cuenta del criterio de multiculturalidad que propone, Villegas se apoya en tres factores. Primero entender la cultura como un «sistema semiótico plurisignico», por medio del cual «los participantes de un sistema social establecen una tradición de valores sociales y culturales» (2005: 16). Esta concepción lleva a «entender a América Latina como una pluralidad de macrosistemas y minisistemas culturales, relacionados entre sí, en continua transformación de hegemonía y marginalidad fundada en la conflictividad de poderes políticos, culturales y económicos» (16). En segundo lugar, entender la historia del teatro como «una narrativa que, desde el sistema de valores del historiador, intenta dar cuenta de las producciones consideradas “teatrales” por el emisor del discurso. La historia, por lo tanto, constituye una selección de objetos culturales del pasado. El criterio de selección se funda en el sistema de valores sociales y estéticos del historiador» (23). Este segundo factor implica aceptar la condición de la historia como «discurso situado»: «que corresponde a un discurso en un determinado momento histórico y dirigido, en principio a lectores potenciales específicos. Desde esta perspectiva, la historia constituye siempre una toma de posición con respecto a la conflictividad de poderes y proyectos nacionales e internacionales en un determinado momento

histórico» (23). En tercer lugar, asumir el indefectible proceso de selección que lleva a cabo el historiador de los textos claves, representativos y sustentadores del modelo, en cada etapa del proceso y en cada dimensión del sistema. Villegas plantea que el problema central de la historia del teatro es la selección del corpus, pero esta selección no es un proceso carente de significado político y social: «La selección de los textos fundadores de la historia, en consecuencia, no es un proceso carente de significado político o social. La historia no es sino la selección de textos considerados significativos dentro de una tradición cultural. Posición que conduce a dejar fuera los textos no coincidentes o no aceptables para esta tradición» (24). Por ello el autor nos previene sobre el hecho de que la sujeción al modelo europeo deja por fuera textos que son olvidados: discriminados y marginados, al tiempo que reconoce que los discursos teatrales se dividen en categorías: hegemónicos, marginales, desplazados o subyugados.

Como señala Villegas, el punto de referencia del modelo de historia que propone está constituido por la categoría de sistema. El sistema es un constructo teórico que pone en relación al productor —entendido como grupo cultural productor de discursos— y el discurso o conjunto de discursos teatrales producido por este mismo productor o grupo cultural. En el sistema, el autor, como productor individual, «pertenecer a un determinado sector social ideológica y culturalmente definible dentro de una estructura social». A partir de la categoría del sistema, el modelo se dota de tres nuevas dimensiones: al interior del sistema, los subsistemas —determinados por las variantes de los destinatarios—; y, englobando los sistemas, de la categoría de megasistema, el cual «vendría a ser el conjunto integrado e interrelacionado de desplazamientos o sustituciones de macro-sistemas percibidos diacrónicamente, como proceso histórico», lo que constituye la historia del teatro. La mediación entre sistema y megasistema estaría dada por el macrosistema: «constituido por el conjunto integrado de los sistemas y subsistemas funcionando interrelacionadamente en un determinado momento histórico» (Villegas, 2005: 27). Si la dimensión del macrosistema garantiza la percepción sincrónica de los sistemas y microsistemas

que se interrelacionan en un momento dado, la vinculación del sistema con la diacronía del proceso de la historia está garantizada por la categoría de megasistema, que da cuenta de la dinámica del proceso histórico a través de detectar los desplazamientos y sustituciones de los momentos sincrónicos de los macrosistemas. Esta lógica y esta pluridimensionalidad del sistema garantizan la vinculación de la problemática de la periodización con el privilegio que el modelo le otorga al productor colectivo de los discursos. Su propuesta de periodización busca fundarse en las transformaciones claves de los discursos teatrales y las teatralidades en América Latina; estas transformaciones —que justifican el establecimiento de periodos en la historia del teatro— se interrelacionan con los cambios significativos en los procesos de producción de los objetos culturales, los cuales, a su vez, se presentan cuando se verifican «desplazamientos de los sectores productores» de estos objetos culturales. Los sectores productores «alteran el imaginario social representado en los textos en función de sus proyectos políticos y culturales, los destinatarios a quienes comunican dichos imaginarios y las preferencias estéticas funcionalizadas» (32).

Villegas afirma que toda historia literaria constituye «un proceso de inclusión y exclusión»; pero señala también cómo, de manera privilegiada, las historias han tendido a seleccionar textos «con alguna capacidad de representación de los problemas importantes desde la perspectiva del sector cultural e ideológico del historiador/a» y a estimular «la utilización de códigos estéticos y teatrales identificables con las tendencias culturales legitimadas por ese mismo sector» (2005: 30). El modelo del sistema —y sus dimensiones relacionadas—, dada la orientación que imprime a la consideración de la heterogeneidad de los fenómenos censados por el historiador —en la dimensión sincrónica— y la orientación que da a la definición de las periodizaciones —en la dimensión diacrónica—, se convierte en el instrumento que permite abordar la historia del teatro —y de la literatura— en una consideración de las heterogeneidades que constituyen América Latina. Esta heterogeneidad es formulada por Villegas como una pluralidad de sistemas: «Entendamos América Latina como una pluralidad de sistemas culturales

coexistentes, algunos de los cuales constituyen la hegemonía o hegemonías culturales y otros permanecen en la marginalidad de los poderes culturales y económicos» (30). Esta consideración del subcontinente como una pluralidad de sistemas culturales sería, en última instancia, lo que valida la aproximación «multicultural». En la base de esta consideración se encuentra una comprensión de América Latina como confluencia y coexistencia de diferenciaciones culturales: «América Latina ha sido y es un vasto conglomerado de culturas, que implica en muchos casos aun diferencias lingüísticas, las que en cada momento histórico coexisten en relación de conflictividad y competencia» (30). En este conglomerado, se destaca el sistema de los sectores hegemónicos, desde 1492 vinculados a Europa. Pero con la hegemonía cultural europeizada, coexisten, por lo menos dos grandes sistemas culturales diferentes, uno de origen indígena y otro de una tradición de ascendencia africana. Y en cada uno de ellos una variedad de subsistemas (31)⁸.

8 El modelo propuesto por Villegas se sintetiza en el entramado de sistemas y de periodizaciones correspondientes. Identifica cuatro grandes sistemas: el primero corresponde a las culturas indígenas anteriores a la llegada de los europeos, el cual puede pensarse también como un macrosistema —«por cuanto sería posible distinguir subsistemas y microsistemas fundados en las distintas culturas coexistentes o sucesivas» (2005: 32)—. Un segundo sistema es el de la Colonia. Este sistema colonial está constituido por las teatralidades y los discursos teatrales de la legitimación del poder. Corresponde a los años de la Conquista y la Colonización, cuando «el blanco-europeo se apropia de la producción cultural legitimada» y «los indios pierden su propia libertad y su sentido de identidad original (Larraín, 1996: 130)» (33). El tercer sistema corresponde a lo que Villegas denomina «los discursos teatrales y las teatralidades de las burguesías ilustradas». En la cronología corresponde al siglo XIX. Se configura con la independencia de los países latinoamericanos del poder europeo a finales del siglo XVIII, comienzos del siglo XIX y la constitución de los estados nacionales. El cuarto sistema —el de la modernidad— comienza a constituirse a partir de fines del siglo XIX y principios del XX, «momentos en los cuales los sectores de la aristocracia criolla disminuyen en importancia y los sectores medios inician su predominio en la producción de la cultura y en la elaboración de los proyectos culturales y políticos» (34).

Alternativas para la representación

de América Latina en las historias literarias, propuestas desde la crítica y la historiografía

En su breve artículo «Para una teoría literaria hispanoamericana: a veinte años de un debate decisivo», Antonio Cornejo Polar (2001) evoca el debate de la década de los años sesenta sobre la propuesta de producir una teoría literaria latinoamericana que estuviera en concordancia con la especificidad de una literatura que, en torno al fenómeno del Boom latinoamericano, había logrado una extraordinaria difusión internacional. En el recuento que hace, Cornejo argumenta contra la representación de Hispanoamérica y de la literatura hispanoamericana como unitarias y vincula el proyecto de búsqueda de una singularidad de Hispanoamérica con el de negación de las heterogeneidades que constituyen a la sociedad, a la cultura, a la región y a la literatura hispanoamericana. Aquel proyecto fracasó, de acuerdo con Cornejo Polar, porque «epistemológicamente el reclamo quedó situado en un nivel muy abstracto (no crítica sino teoría) que entraba en paradójico conflicto con su propia urgencia de especificidad cultural» (Cornejo Polar, 2001: 247) y porque se «echó mano a las tesis más impactantes, pero menos certeras, de la teoría de la dependencia» (247). Pero el problema mayor para Cornejo Polar fue la suposición de que «la literatura latinoamericana era una y coherente, y que [...] transportaba o expresaba los signos de una identidad también pensada en términos globalizantes» (247). Como sintetiza el mismo autor: «Se trataba de construir una teoría que diera entera razón de una literatura, en cierto sentido siguiendo el proyecto humanístico del maestro Henríquez Ureña, que se sintetiza en su frase emblemática: “en busca de nuestra expresión” (así en singular)» (247-248). El proyecto hizo crisis, cuando empezó a imponerse una imagen variada y multiforme de la literatura latinoamericana, de la cual comparte Cornejo Polar: «Hoy muchos reivindicamos la condición múltiple, plural, híbrida, heterogénea o transcultural de los distintos discursos y de los variados sistemas literarios que se producen en nuestra América» (248).

Esta condición múltiple de la literatura latinoamericana se reconoce, no sólo cuando se comparan las distintas regiones, sino cuando distintas manifestaciones de un mismo país se comparan en los ámbitos de las literaturas nacionales. El proyecto de «una literatura», o una literatura con «una identidad», partía de un concepto restrictivo de literatura, como hemos visto en la revisión de las historias y como verifica Cornejo Polar, «que condicionaba su existencia a que fuera: escrita, en español y bajo códigos estéticos derivados de la alta literatura europea. [...] De este modo se lograba construir un corpus unitario, coherente, pero a costa de marginar por razones estéticas o sociales, o por ambas, a una inmensa masa de discursos» (2001: 248).

La ampliación de los límites que permitiera incluir esos otros discursos excluidos pasaba, entonces, por la necesidad de ir del concepto de unidad a otro que diera cuenta de esa diversidad heterogénea y contradictoria. Esto lleva a Cornejo Polar a postular la construcción epistemológica de un nuevo «objeto» al que «convencionalmente en denominar —según los gustos— literatura hispanoamericana, iberoamericana, latinoamericana, etc.» (2001: 248). Esta postulación se apoya en varias constataciones: la literatura es un objeto social y culturalmente construido, es decir, histórico, mutable; la construcción del objeto «no depende solamente de una opción propia de la teoría literaria sino también, y tal vez sobre todo, de una opción inculcablemente política acerca de quiénes (y quiénes no) formamos parte de “nuestra América”» (249). A partir de allí, Cornejo Polar proyecta la tarea de modificar radicalmente el concepto de literatura latinoamericana: «El empleo de categorías como transculturación, pluralidad, heterogeneidad, hibridez, etc., supone un ejercicio teórico destinado en última instancia a modificar radicalmente el concepto de literatura latinoamericana». Pero, cree el autor, ahora ya no como resultado de una demanda en abstracto, sino como «respuesta a nuevas maneras de leer nuestra literatura» en su misma diversidad. El resultado de este trabajo ingente sería una «historia de muchos tiempos y ritmos» o «algo así como una multihistoria» (249). Metodológicamente, señala Cornejo Polar, se trataría de partir de la asunción de que «cada

vez que asumimos como punto de partida que nuestra literatura es muchas literaturas entre sí imbricadas, y a veces de manera belicosa, el pensamiento crítico encuentra caminos excepcionalmente creativos para dar razón no sólo de la heterogeneidad de la literatura latinoamericana sino también de esas muchas —todas— las sangres que se entreveran entre nosotros, en nosotros» (249).

A la luz de los planteamientos de Cornejo Polar y de las historias reseñadas con anterioridad, se hacen claros los núcleos problemáticos que se evidencian en la historia de la literatura latinoamericana. Un primer aspecto, que trataremos al final, naturalmente está referido al eje problemático de «Identidad - Heterogeneidad/Multiplicidad» de la América Latina y de su literatura y la manera en que este determina las posibilidades de un proyecto de historia literaria. Un segundo aspecto es el de la relación entre «Subcontinente - Nación», que determina las consideraciones de la interrelación entre las dinámicas de escritura de la literatura latinoamericana y la historia de las literaturas nacionales. Finalmente, un tercer aspecto es el de la relación entre la «consideración de la literatura como discurso autónomo — la consideración de la literatura como práctica social», el que será abordado mediante el inventario de opciones que proponen Ángel Rama, Alejandro Losada y Carlos Rincón en este estudio. Es este el inventario con el que queremos cerrar este ensayo.

Restablecimiento de la dinámica entre historias nacionales e historias continentales de la literatura

En *Contribución al estudio de la historiografía literaria hispanoamericana*, un texto de 1985, Beatriz González-Stephan (1985) hace un balance de la situación de la historia de la literatura hispanoamericana para entonces, la que caracteriza por vivir una situación de crisis. Esta crisis es permanente. Había sido reconocida en 1940, entre otros, por José Antonio Portuondo⁹, y continúa en los años

9 Las causas de la crisis que identifica González-Stephan en el planteamiento de Portuondo son, entre otras: la crisis más general del orden político y social vigente y la falta de una teoría de la literatura en qué fundar la crítica y la historia de las letras (1985: 13).

setenta. Destaquemos tres de los problemas en que se manifiesta la crisis, los cuales están en relación con la insuficiente identificación del continente como entidad que reclama un tratamiento especial para definir su historia literaria: la homogenización de la literatura del continente —«la mutilación de la heterogénea y plural realidad literaria latinoamericana y su reducción a un corpus homogéneo y no contradictorio de obras escritas en español»—; la reducción del conjunto a una de sus partes —«la configuración del conjunto literario continental a partir de un espacio que consagra la literatura de algunos países y de sectores sociales hispano-hablantes»—; y la simplificación del proceso histórico —«[...] a un eje lineal que, uno, no capta la densidad y evolución de los posibles sistemas literarios, y, dos, desconoce momentos del pasado histórico porque no se avienen a los proyectos ideológicos de ciertas clases» (González-Stephan, 1985: 39)—. En la década de los ochenta, siguen siendo factores de la crisis: la limitación de las bases epistemológicas que fundamentan la disciplina literaria, la necesidad de replantear las premisas teóricas que les dan sentido a los estudios literarios latinoamericanos y la necesidad de comprender la crisis y superarla, mediante su puesta en relación con «la crisis histórica de la concepción del mundo de los sectores política y socialmente dominantes» (14). En una segunda consideración que se refiere a la constitución del campo de los estudios literarios mismos, la autora señala la necesidad de un deslinde de las especificidades, tareas y funciones de la teoría, la crítica y la historia, garantizando su interrelación permanente. En este deslinde de sus especificidades, la historia literaria se caracteriza por jerarquizar los aspectos dinámicos, del cambio, de los sistemas literarios para dar cuenta del proceso temporal (histórico) de la serie literaria. La especificidad del discurso de la historia literaria descansa en el estudio de vastos conjuntos literarios organizados a partir de una perspectiva predominantemente diacrónica (22). Pero la historia no puede limitarse sólo a señalar qué cambia, sino que debe explicar por qué se produce el cambio. Una herramienta básica en el cumplimiento de esta tarea la constituye el trazado de una periodización que dé cuenta de la manera en que se presentan los fenómenos y de cómo la sucesión dota de sentido la serie literaria.

En el balance que realiza, González-Stephan señala aun otros problemas de la historia literaria en Hispanoamérica que empujan a reclamar la consideración de la relación entre historias nacionales y el proyecto de historia continental: la ausencia de una interpretación de la compleja totalidad del conjunto continental, reemplazada por la segmentación y por un proceso metonímico que lleva «a comprender la compleja totalidad del conjunto continental en segmentos previamente homogeneizados, si no simplificados» y el reduccionismo de fundar el origen de la literatura latinoamericana en un momento elegido, sin dar cuenta de la totalidad del proceso (1985: 37). El privilegio de la investigación sobre las historias nacionales redunda en una limitación del proyecto de la historia del continente, sobre todo cuando carecen de una perspectiva continental y privilegian la fragmentación de la experiencia literaria en las experiencias locales: «Cada historia en particular resalta los acontecimientos que revisten un carácter estrictamente local, perdiendo de vista aquellos aspectos que podrían servir de vínculos con las literaturas vecinas. Es decir, carecen de una perspectiva [sic] continental al estudiar sus procesos literarios». Por su parte, las historias literarias del continente, cuyo impulso proviene de una vocación más integradora, «se reducen a la sumatoria de las diferentes literaturas nacionales: una yuxtaposición de procesos literarios aislados» (58). En síntesis, señala la autora, «ha faltado en los trabajos de nuestra historiografía literaria una comprensión orgánica de los procesos literarios, capaz de ver la totalidad literaria continental como resultado de la articulación de los diferentes procesos nacionales; y estos, como variables concretas en que se manifiesta la pluralidad latinoamericana» (59).

Este último planteamiento es fundamental, porque lleva la atención a la pregunta sobre si el reconocimiento de la pluralidad que constituyen las experiencias y tradiciones literarias de la región o del continente implicaría, eventualmente, un fracaso del proyecto de literatura latinoamericana. O bien, al contrario, si el proyecto de una historia de la literatura latinoamericana supone la homogenización de sus diferencias. Para González-Stephan,

el proyecto de una historia literaria del continente sigue siendo posible y necesario. Para ello sería solamente preciso que estos proyectos se doten de una comprensión orgánica de los procesos literarios, que les permita reconocer la «totalidad literaria continental como resultado de la articulación de los diferentes procesos nacionales»; por otro lado, que les permita ver los procesos nacionales como «variables concretas en que se manifiesta la pluralidad latinoamericana». Esta consideración de la integración de una doble mirada, al proceso continental y a las manifestaciones nacionales y regionales, es una constante en la formulación de la autora. Lo que no significa la homogenización de sus diferencias. Pero, para ello, este proyecto debería reconocer la historia literaria latinoamericana como un proceso y buscar relaciones «en una sin-taxis de oposiciones y correspondencias», las variables literarias del conjunto, en cada periodo, pero mediante la fundamentación de categorías propias del fenómeno literario y «no en el concepto político de nación» (1985: 63).

La perspectiva continental no debe, no obstante, forzar una homogeneidad de los procesos y producciones de las distintas naciones y regiones. Antes aun, debería preservar la heterogeneidad latinoamericana e, incluso, reconocer los productos literarios no inscritos dentro del sistema estético occidental. Esta recomendación es importante, porque está en concordancia con la prevención contra proyectos que, de acuerdo con la autora, privilegian uniformar y limitar las experiencias historiográficas, con el fin de preservar una unidad que, desde su punto de vista, traiciona una perspectiva hispana y eurocentrista. Esta reducción se da mediante la aplicación de criterios que remiten las producciones literarias: a vincularse a una tradición culta; a reducirse a ser un texto escrito, cuya modalidad discursiva se asimile de alguna manera a las formas genéricas europeas —dejando por fuera expresiones no canónicas, pero de tradición en América Latina como las crónicas, los testimonios, las memorias y otras—; a asimilarse a las tendencias literarias europeas —Renacimiento, barroco, neoclasicismo, romanticismo, realismo, vanguardia, expresionismo—;

y a que sus periodizaciones estén determinadas por la sucesión de estos estilos y movimientos. Esta tendencia unificadora de la historia de la literatura, con apego a la norma estética europea, deja por fuera de su consideración la potencialidad de la literatura de los pueblos nativos, las producciones en lenguas nativas cultas o populares, escritas u orales (González-Stephan, 1985: 67). En el proyecto a considerar para el futuro, «se impone un orden como objeto para la historia literaria continental, a la que no es dable examinar las partes independientemente, como tampoco prescindir de los procesos particulares y juzgar lo latinoamericano como un todo explicable por sí mismo» (69). Es decir, se trataría de garantizar una mirada que, desde una perspectiva continental, englobe el proceso del conjunto de las literaturas, pero sin reducir la diversidad de los procesos de cada nación, ni la diversidad de los procesos que cohabitan al interior de cada país: en su literatura, en sus expresiones, en su producción simbólica.

En otro texto de 1997, González-Stephan (1997) va a agregar dos puntos polémicos más, que completan lo que venimos reseñando. Por un lado, a partir de la experiencia de Andrés Bello, va a reclamar el énfasis en un punto de vista que se construya desde el continente —«escribir la historia desde Hispanoamérica»—. En segundo lugar, va a sostener, con base en la hipótesis de la «dependencia» de América Latina, la insuficiencia de los proyectos de literatura continental y, al mismo tiempo, la necesidad de estos, de cara al futuro. Teoría de la dependencia y proyecto descolonizador de una historia desde el punto de vista de Hispanoamérica van de la mano en su proyecto. La teoría de la dependencia establece o reconoce también la existencia de un trabajo rico y diferenciado, singular, que se produce en América hispana como resistencia, como vocación de independencia, como preservación de otra mirada y otra perspectiva. Es esta perspectiva no colonizada la que mejor ejemplifica Andrés Bello (1997: 139). Y es esta misma perspectiva la que reclama González-Stephan como requisito para acometer un proyecto de literatura continental, que pasa, necesariamente, por una revisión crítica de las historias nacionales.

El restablecimiento de la serie literaria en el contexto social como tarea de la historia literaria

Pero, aun antes de la discusión sobre la historia de la literatura latinoamericana en los años ochenta, Ángel Rama había propuesto la noción de «transculturación» para comprender el largo proceso de configuración de la literatura latinoamericana. La evocación de Rama por Cornejo Polar, que citábamos antes, amerita que nos detengamos en su propuesta de transculturación y en su llamado a poner en relación la obra literaria con el contexto en el que emerge, tanto para la crítica como para la historia literaria. Esta noción de transculturación actúa como paradigma de la literatura tanto en el proceso de constitución, en el que, de acuerdo con Rama, la literatura acompaña la constitución de las naciones latinoamericanas; como también al definir el diseño global de la literatura continental. Como continuación de este proceso diferenciador o obtención de una identidad, que engloba el proceso de su transformación desde la Colonia hasta entrada la segunda parte del siglo **xx**, es posible deducir en los planteamientos de Rama la tarea que le asigna a la historia literaria como de restablecimiento de la serie literaria en el contexto social, para comprender no sólo su especificidad sino la manera en que ella contribuye a los procesos sociales.

En *La ciudad letrada*, Rama (1984) acomete una de las lecturas más orgánicas e integrales de la literatura latinoamericana contrastada en el fondo del proceso histórico cultural de América Latina, en lo que puede ser una síntesis de las investigaciones y reflexiones teóricas de un grupo importante de investigadores latinoamericanos. En Ángel Rama, siguiendo una tradición iniciada por José Luis Romero, la mirada se enriquece con la vinculación de literatura y sociedad en el espectro y en el espacio cultural de la ciudad. En la lectura de Rama, la ciudad es el signo que permite entender la historia de la formación de América Latina, desde el Descubrimiento y la Colonia en los siglos **xv** al **xix**, como en los casi doscientos años que alcanza a registrar de vida republicana: la ciudad «ordenada», «letrada», «escrituraria», «modernizada», «politizada» y «revolucionada» son las condiciones que explican

el proceso histórico, social y cultural de nuestro continente y que vinculan la construcción de la conciencia nacional y de la conciencia de lo latinoamericano en la historiografía literaria.

El concepto de «ciudad letrada» busca designar la relación orgánica que Rama verifica entre las élites dirigentes y los intelectuales encargados de las distintas funciones de administración pública y cultural, dentro de los cuales incluye a los creadores literarios. Desde el origen, como ciudad «ordenada» por una vocación de diseño que quiso creer que el territorio aborígen era un inmenso vacío, que negaba la presencia y la existencia de los habitantes de antes de la llegada de los españoles, Rama verifica que: «En el centro de toda ciudad, según diversos grados que alcanzaban su plenitud en las capitales virreinales, hubo una *ciudad letrada* que componía el anillo protector del poder y el ejecutor de sus órdenes» (1984: 25). Todavía en las primeras etapas de la vida republicana, la ciudad letrada sabrá transformarse para conservar su lugar privilegiado y los privilegios asociados a esta situación. Es sólo hacia el final del siglo XIX y, de manera precisa, en la transición del siglo XIX al XX que empezará a constituirse un cierto «sector crítico» en la ciudad letrada.

Pero en el proceso de configuración de una «identidad» de la literatura, nos interesa el análisis que hace Rama de la aparición de las literaturas nacionales. A los escritores del final del siglo XIX les habría estado reservada la tarea de la construcción de las literaturas nacionales. En particular dos tareas: la configuración del vasto contorno de la naturaleza y la de las culturas urbanas (1984: 83). En *Transculturación narrativa en América Latina* (Rama, 1987), el autor establece una triada de características-condiciones que habrían determinado la conformación de las literaturas nacionales de los países de América Latina, en un proceso que se identifica sobre todo en el siglo XIX y en torno de los procesos de independencia —1810-1820—, y al final del siglo, en lo que en otros textos el autor llama el momento de las modernizaciones de corte nacionalista, en torno a la década de 1870. De acuerdo con su hipótesis, Ángel Rama postula tres movimientos que caracterizan esta literatura en su proceso de surgimiento: independencia, originalidad y representatividad. Ángel Rama designa lo que él nombra como «letras lati-

noamericanas» y señala el cruce de influencias y circunstancias en las que surgen, destacando su carácter problemático y conflictivo. De acuerdo con lo anterior, las «letras latinoamericanas» tienen su origen en la imposición colonizadora, en la rica cultura hispánica en las «espléndidas lenguas» y en las «suntuosas literaturas» de España y Portugal (1987: 11); esta herencia, exclusivamente peninsular, determinaría la situación que caracteriza la actividad creativa y la actividad crítica: el reclamo de independencia, dado que, por este origen, «las letras latinoamericanas nunca se resignaron a sus orígenes y nunca se reconciliaron con su pasado», como ya está señalado. Por su parte, el criterio de representación, sobre todo en la transición del siglo XIX al XX, fue elaborado con mayor sofisticación: no se le buscó en el medio físico, ni en los asuntos, ni en las costumbres de las naciones, «sino que se lo investigó en el "espíritu" que anima a una nación y se traduciría en formas de compartimiento que a su vez se registrarían en la escritura» (16). No obstante, seguía habiendo una contradicción en los fundamentos de la «nueva visión de la representatividad», que Rama identifica por la necesidad de fijar la nacionalidad con criterios geográficos, es decir, sin consultar la movilidad de la historia; o bien, porque al definirse la nacionalidad por un conjunto de rasgos determinado por una clase específica, lo que prevalecía era el inmovilismo de esa caracterización, es decir, lo que «fijaba un criterio historicista móvil».

Es en Henríquez Ureña, donde Rama ubica que despunta la nueva perspectiva de la cultura; el título de su estudio de 1928 de finía, según Rama, su proyecto: *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. De acuerdo con Rama, la importancia de este estudio de Henríquez Ureña era que: «Abría el camino a una investigación acuciosa y documentada del funcionamiento de la literatura que, nacida del rechazo de sus fuentes metropolitanas, había progresado gracias al internacionalismo que la había lentamente integrado al marco occidental y al mismo tiempo seguía procurando una autonomía fundacional que no podía buscar en otro lado que en la singularidad cultural de la región» (1987: 18). Y esto en una dinámica de fluctuación entre dos polos —externo e interno—, cuya acción y atracción «no llegaba nunca a paralizar el empeinado proyecto

inicial [independencia, originalidad, representatividad] sino sólo a situarlo en un nivel distinto» (18). La década de los cuarenta inicia un nuevo periodo para Rama, en el que se abre un gran cuestionamiento del continente: «Este largo periodo —que presumiblemente llega hasta 1970— es pasible de análisis histórico, sociológico, político, pero también literario, no simplemente en sus autores y obras, en sus cosmovisiones y en sus formas artísticas, sino preferentemente en sus peculiaridades productivas, para responder con ellas a esas normas básicas que regulan la literatura latinoamericana desde sus orígenes» (19).

Esta operación es altamente polémica. Para la crítica y la historia literarias, Rama señala dos extremos nocivos: la reducción de las obras literarias a la condición de documento historiográfico y la contraria tendencia a negar la «comunicabilidad» de esas mismas obras, a negar o ignorar la búsqueda de representatividad que signa el desarrollo histórico de América Latina (1987: 19). Sin embargo, el autor insiste en la importancia de acometer un trabajo de análisis y de puesta en relación de las obras con sus contextos, en lo que vendría siendo la asignación de un contenido y una metodología para un proyecto de historia de este periodo. En primer lugar, la tarea para esta historia crítica estaría representada por el propósito de restablecer las obras literarias dentro del contexto cultural (19). La importancia y la necesidad de esta tarea, que yo llamaría «contextualizadora», provienen de la convicción de que las obras literarias no están por fuera de la cultura. Y esta labor de re-contextualización y análisis debería tener en cuenta, dada la crisis y la desconfianza que genera la modernización, si la producción literaria de estas décadas —en torno a la década de los setenta— no tenía «otras fuentes nutricias de una renovación artística que aquellas que procedían de los barcos europeos» (20); verificar que efectivamente América Latina en su literatura no sólo sea capaz de «proveer materia prima» para la escritura, sino también «una cosmovisión, una lengua, una técnica para producir las obras literarias» (20); finalmente, verificar que efectivamente estemos ante el despliegue de un «esfuerzo de descolonización espiritual» (20).

Articulación del proceso literario al proceso social

Alejandro Losada (1986), al reclamar la identificación de la singularidad de América Latina en la historia literaria, postula un ejercicio de análisis crítico de los fenómenos literarios, necesario para exponer una tendencia crítica que articula el proceso literario al proceso social, que se diferencia de esta manera de los «paradigmas clásicos» de la interpretación del desarrollo de la literatura latinoamericana: 1) como imitación de la europea; 2) como afirmación de una expresión nacional; 3) como objetivación de la síntesis racial; 4) como participación del trascendentalismo universalista (1986:8). El autor limita el campo de investigación a lo que denomina «la cultura urbana ilustrada de América Latina y, en particular, del mundo hispánico». Y define el «análisis crítico» que constituye el centro de su propuesta, como un análisis que «reconstruye las características de un determinado proyecto estético-cultural cuando se encuentra que se ha producido una variación significativa de los géneros dominantes, de los lenguajes y los modos expresivos dentro de una sociedad» (12); donde es importante retener el complejo o el entramado estético-cultural que define a la literatura y la necesidad de vincularla con lo social para una correcta interpretación.

En la evaluación de los momentos de cambio de determinados proyectos estético-culturales, que constituiría la historia de estos procesos, el autor entiende que la crítica ha tenido éxito en la descripción de los conjuntos literarios; pero que el éxito ha sido menor en la elucidación de las relaciones en los distintos niveles —literarios y socioculturales—, siendo, sin duda, este aspecto el que más interesa a su método. El estudio de Alejandro Losada se orienta a dilucidar el concepto de «historia social de la literatura»: definir sus alcances, sus implícitos, las peculiaridades de sus proyectos. La historia social de la literatura, como enfoque de estudio que privilegia la comprensión de la articulación de la literatura y de la sociedad, se plantea para Losada en tres niveles que se interrelacionan e interdeterminan: la literatura como «proceso acumulativo», el «sentido que tiene ese proceso» en el desarrollo de la sociedad y la «perspectiva de la contemporaneidad» para interpretar esa confluencia. Losada señala este proceso como el de «constituir metodológicamente el fenómeno de

la literatura como hecho social». Este aspecto de la interpretación de la literatura como «hecho social» es lo que permite en su proyecto la articulación literatura-historia social¹⁰.

La definición de lo que Losada llama «espacio social latinoamericano» da cuenta de la importancia de situar la historia de la literatura en el contexto de unas «sociedad y cultura concreta(s)». Esta definición es importante en lo que afecta la periodización, la identificación del canon e, incluso, la autoconciencia de la historia como ciencia de su propia provisionalidad. Toda posible periodización de la literatura —la «identificación de series de obras literarias»— debe consultar —y en una gran medida, provenir de— los momentos y periodos de la serie de la historia social, en particular, los momentos «fundacionales». Es muy importante comprender que en Losada estos momentos o periodos no son hechos o acontecimientos históricos aislados, sino propiamente procesos sociales y, sobre todo, culturales: en el sentido en que afectan la representación de la identidad, de la historia y del reconocimiento de las condiciones de existencia de los grupos sociales. En segundo lugar, la definición de lo que puede constituir el canon literario está de nuevo vinculada con los tres niveles antes señalados. En particular, las obras que configuran el canon serán aquellas que se constituyen en «fenómeno literario como rasgo de la identidad de una sociedad» (1986: 21). Las obras literarias aisladas no sabrían constituirse en obras del canon

¹⁰ Losada señala que «la observación del proceso literario como un aspecto del desarrollo social» reclama un proceder metodológico en el que identifica las siguientes etapas: Aislar el «proceso de producción de las series y obras literarias» —«Se trata de constituir metodológicamente el fenómeno de la literatura como un hecho social es decir como un sistema particular referido a un grupo dentro de una sociedad particular» (1986: 21); Describir el proceso mediante el cual un grupo de instituciones y los productores que trabajan en ellas «constituyen un determinado horizonte literario con el que se identifican» (21); y esto para trascender el nivel de las obras particulares y constituir las en sistema; finalmente, comprender la relación de los dos niveles anteriores —nivel de la producción de obras y nivel del horizonte— dentro de la «complicada dialéctica de relaciones entre este grupo productor y la sociedad en general de donde surge, y a la que se enfrenta» (21).

en la mediación de dos procesos propiamente colectivos: por un lado, la constitución de series —lo que hace que las «obras literarias» se constituyan en «literatura»— y la inscripción dentro del «horizonte de expectativas» de un grupo de creadores —segundo nivel ya señalado—. Finalmente, en la actitud historiográfica, vale la pena destacar la autoconciencia de la producción o construcción del objeto de estudio. Parece clara la asunción de la situación de transición y de precariedad, de estar en proceso, del campo del estudio de la historia social de la literatura. Es decir, el reconocimiento de la provisionalidad de la condición científica de este estudio. Pero, al lado del reconocimiento de esta precariedad o provisionalidad, es importante destacar la conciencia sobre los límites del estudio, sobre las categorías del mismo y, sobre todo, sobre la interacción que se da en los niveles y aspectos involucrados en el mismo.

La historia literaria como síntesis interpretativa

En otra dirección, Carlos Rincón (1986) plantea la «autonomía relativa de la historia de la literatura». Señala que «la literatura sigue su camino —ajustada a sus constantes propias— en la historia, pero no lo hace a manera de puro derivado ni como simple relación intertextual, sino como un instrumento constructor a su vez de historia» (1986: 1). Esta capacidad de «construir la historia» que tiene la historia de la literatura está vinculada a su poder de generar interpretaciones y de postular y/o identificar conjuntos referenciales que, desprendidos de la lectura del texto, rebasan al texto mismo y construyen —o reconstruyen— su contexto. La lectura y análisis del texto es la base de la operación de interpretación que Rincón llama síntesis interpretativa (7). La interpretación toma el texto y lo «hace ingresar en un vasto sistema referencial, situado más allá de lo dado por su texto o por el archivo de texto» (7).

La lectura interpretativa traza un diálogo permanente del texto con el universo referencial, es decir, de la obra literaria con el conjunto de la sociedad, que termina por sedimentarse en el relato de la historia literaria. Carlos Rincón hace referencia a este diálogo entre lectura histórica —de interpretación— e historia de la sociedad: «Ese conjunto referencial [el vasto sistema interpretativo]

remite a la existencia histórica de las sociedades y los hombres y así, a los procesos generales de constitución de sentido: elaboración del significado, producción de conocimiento de su ser social o individual, en condiciones históricas determinadas» (1986: 7). Rincón plantea la «necesidad» de acometer el «balance» de los debates que configuran el contenido de la historia literaria latinoamericana. La comprensión de esta relación «se ha hecho cada vez más necesari(a) para la autocomprensión teórica y metodológica de nuestra crítica e historiografía literarias» (8). Estos interrogantes se plantean, para Rincón, como síntoma de transformaciones de las condiciones epistemológicas, cambio de paradigmas culturales, experiencia —implaceable— de las aportas de lo moderno y crisis de las expectativas utópicas de la modernidad. Pero, además, la propuesta de Rincón supone o reclama una articulación entre crítica e historia de la literatura; una labor conjunta de crítica y de historiografía que implica un trabajo «pendular» entre el análisis de la obra y la interpretación.

Este ejercicio que inicia en la crítica, se expresa y toma forma en la historia de la literatura. Aquí habría que recordar la tarea que postula Carlos Rincón para una historia social de la literatura latinoamericana: la de la articulación del «proyecto de la expresión americana» y el proyecto historiográfico de las literaturas (1986: 17). Esta formulación se puede recoger en el término de demanda: ¿Cómo concebir la confluencia de crítica e historiografía en el salvamento de un proyecto de historia social de la literatura que tome en consideración la singularidad de América Latina y la singularidad de su literatura? De manera más global, el trabajo de análisis crítico de la confluencia de crítica e historiografía se postula en Rincón con tres etapas o momentos: realizar el escrutinio de la función de la literatura dentro del proceso histórico de nuestras sociedades; hacer un seguimiento crítico de la «búsqueda de la expresión americana» en la literatura, verificando el valor que le es concedido al ideograma del discurso utópico americanista iniciado con el modernismo y renovado en los años veinte del siglo xx en el discurso historiográfico; finalmente, identificar y seguir el proceso de configuración de la estrategia de articulación del proyecto historiográfico y del discurso americanista, proyecto

que, en la consideración de Rincón, daría cuenta del desbordamiento de lo literario por lo cultural, según el cual la historia de las letras se vuelve historia de la cultura y, de manera concomitante, los estudios literarios se vuelven estudios culturales. Esto se sintetiza en el planteamiento del proyecto que Rincón postula para la historia literaria del continente: «Al articularse el proyecto historiográfico con ese discurso americanista que haya elaboración ensayística hasta la década de los cuarenta, la historia de las letras se hace historia de la cultura, no tanto como medio de presentar sino de formar una identidad construyendo una imagen proyectiva de destino del continente» (17). Para un proyecto futuro de historia literaria del continente, se trataría de indagar el contenido, el proceso y las etapas de configuración de esa «imagen proyectiva» del destino del continente.

La oposición entre configuración cultural y construcción discursiva como objeto de la historia literaria

En «La lengua, la letra, el territorio (o la crisis de los estudios literarios coloniales)»¹¹, Walter Mignolo (1996), al postular que «las historias de la literatura hispano/latinoamericana nos legaron una imagen del periodo colonial que dificultó (si no impidió) orientar la reflexión sobre obras que no fueran escritas en castellano, consideradas literarias y que expresaran o representaran, de alguna manera, cierta "experiencia americana"» (1996: 3), se preocupa de dar cuenta del cambio de paradigma que registra en los estudios de la literatura latinoamericana colonial (4), cuya fundamentación se da en la ampliación de los límites de la definición estrecha de la literatura latinoamericana (colonial) como «la literatura escrita en castellano en/ sobre América» (4). En sus consideraciones, sobre todo, en las orientaciones que entrevé como desarrollo del nuevo paradigma, Mignolo postula una imagen de Hispanoamérica y de su literatura, que queremos vincular a la reflexión que estamos llevando a cabo.

¹¹ Se trata de un artículo escrito por Walter D. Mignolo en 1986, reproducido por Saúl Sosnowski en 1996 en *Lectura crítica de la literatura latinoamericana*, de donde lo citamos.

Mignolo identifica cuatro orientaciones para los estudios literarios de la época de la Colonia¹². En la perspectiva de ampliar el campo del corpus al que se aplican los estudios del periodo, Mignolo somete a crítica el concepto de «literatura», por un lado, y el concepto de «hispano/latinoamericana» que la califica. En el campo de la crítica de la literatura, donde no nos detendremos, bajo la premisa de ir «de la letra al discurso» (1996: 8-15), Mignolo nos invita a indagar un campo de estudio que incluya la oralidad y las escrituras no alfabéticas, verificando, en el mismo recorrido de su crítica, las limitaciones que entraña la identificación de la literatura a las «bellas letras», proceso que se habría dado en el siglo XVII. La consecuencia que nos interesa destacar es aquella de la ampliación del campo de estudios, que afecta a la «disciplina misma», pero que es relevante para el área de estudios de la literatura colonial en el Nuevo Mundo, como lo sintetiza el autor: «El centro de atención se desplaza de la literatura (en el sentido de "*belles lettres*") a la literatura (en el sentido de la producción discursiva escrita) y a su complemento, la oralidad y las diversas formas de escritura de las culturas precolombinas. Un doble desplazamiento que nos lleva desde la idea de literatura impuesta por una tradición cultural al concepto de literatura forjado en una práctica disciplinaria» (9).

12 1) El interés por el neolatín y las lenguas indígenas, que permite romper la restricción de la tradición colonizadora (1996: 5). 2) El esfuerzo por

«justificar y racionalizar la atribución de propiedades estéticas o expresivas a un conjunto de textos cuya relevancia cultural nos resulta hoy obvia, aunque no sus rasgos literarios», tanto como por «racionalizar y justificar el "origen" de la literatura hispanoamericana en el siglo XVI» (5); el cual permite la incorporación de nuevas escrituras al corpus de los textos del periodo colonial. 3) El interés en poner de relieve lo que «hay de común más que de específico en cada discurso» y las normas retóricas que regían la producción y la lectura de discursos entre el siglo XVI y el XVIII (6). 4) Un llamado de atención sobre las fronteras de la lengua y de la cultura castellana en la cultura del Nuevo Mundo, lo que plantearía un desplazamiento del área de estudios de la «literatura hispano/latinoamericana» al «discurso de la colonia» (8), por un lado, o el reclamo de salir del marco de «los usos del castellano», para ingresar en el marco más amplio de «la compleja estructura mental de las culturas precolombinas», como ejemplifica Mignolo citando una investigación de Rolena Adorno (7).

El segundo argumento crítico que exhibe Mignolo afecta la consideración del calificativo «hispano/latino», lo cual hace aquí referencia, para mí, a las posibilidades y las condiciones de la identificación de América Latina en la literatura y de la representación de Hispanoamérica en las historias literarias —el problema de la identidad y el territorio, es decir, en términos del autor: «las relaciones entre el discurso y la manera en que este fija, transmite y transforma el sentimiento y el sentido de identidad que anima a todo grupo humano» (1996: 16)—. Mignolo separa la identificación que ocurre en el «territorio», construido por las vivencias de un grupo humano, y la identificación discursiva de «una entidad» que «no debería necesariamente identificarse con el sentido de territorialidad» (16). El «territorio» es un espacio y una tradición compartida; en tanto que la «entidad» es construida de manera descriptiva y desde el campo epistemológico. Para el autor, se trata de mantener la distancia que separa —y pone en tensión— la «auto-comprensión (hermenéutica) y [el] conocimiento (epistemología)» (25). Mignolo señala que la indistinción entre estos dos niveles discursivos y de experiencia ha afectado los estudios literarios; la recuperación de la distinción hace parte de una de las estrategias para ampliar el campo de los estudios literarios —en el caso del periodo colonial, en la dirección de los estudios indios—.

Mignolo reclama nuestra atención a la tarea de diferenciar los procesos de identificación que se dan entre las comunidades sociales o culturales, que construyen una identidad compartida; y la identidad postulada por las comunidades científicas —como es la de quienes estudian la literatura—. Mignolo plantea que «el sentimiento y el sentido de la identidad del grupo es inseparable de la reflexión y la conceptualización del pasado» (1996: 16), es decir, de la tradición; pero la tradición remite, de un lado, a los «elementos inconscientes» que comparte una comunidad, es decir, a la tradición como «configuración cultural» que hace que esa comunidad sea lo que es; por el otro, a la «reflexión consciente» que la comunidad hace de su pasado, es decir, a la «construcción discursiva y conceptual», mediante la cual el grupo se representa como lo que cree que es (16).

Resultan claras esta diferenciación y esta oposición entre «configuración cultural» y «construcción discursiva y conceptual» respecto de la tradición y de la fundación de un pasado y una comunidad. Su pertinencia va en la dirección de iluminar cómo «la identidad» es construida mediante procedimientos discursivos —de nuevo, de inclusión y exclusión, de olvido o memoria, de reconocimiento o ignorancia—; y cómo esa identidad, como constructo, no es nunca definitiva o estable. De manera más precisa, cómo el campo de la identificación —construido discursivamente como identidad— es un campo sometido a permanente litigio. El análisis de los procesos de configuración territorial por parte de los sectores que coexisten en el periodo colonial —nativos-indígenas, españoles colonizadores, nativos-criollos— y la diferencia que Mignolo reclama que es preciso establecer entre el punto de vista territorial —de quien «vive» la cultura— y «disciplinario» —de quien la estudia—, vuelven a plantear la provisionalidad de la construcción de la identidad latinoamericana y de su cultura, y a hacer explícitas las apropiaciones que del pasado hace el investigador, con el riesgo de borrar las diferencias que lo separan de la tradición así recuperada, lo que vuelve a hacer evidente la consideración problemática del concepto —y el proyecto— de construcción de la identidad de la literatura latinoamericana.

Identidad, heterogeneidad y multiplicidad en la representación de América Latina

La interrogación por los procesos de representación de América Latina en su literatura, como hemos visto, no recibe una respuesta única, sino antes bien, una pluralidad de aproximaciones que dan cuenta de múltiples recorridos diversos. Esta imposibilidad de reducción de la problemática a una respuesta estable y única está en relación con el dinamismo y la movilidad de los distintos intereses que vehicula cada intento de respuesta al problema. La pregunta —epistemológica— por la construcción del objeto de estudio que es América Latina se plantea en un terreno de litigio ideológico y ético, en el que se juegan los intereses de las identidades pero también el de las interrogaciones sobre la acción en el terreno de lo ético, al interior de las discursividades que son las historias de la li-

teratura, pero no sólo en ese espacio circunscrito. La imposibilidad de la que hablamos está también en relación con la pluralidad que constituye América Latina, una pluralidad que haría irreductible su consideración múltiple a una sola figura de expresión. Súbitamente el problema de la representación del continente se encuentra con el problema de identidad del mismo, aunque es cierto que ha estado todo el tiempo gravitando sobre este ensayo. Si, con Raúl Dorra (1986), podemos reconocer que «como espacio cultural, América es un continente hecho de pluralidad y de discontinuidades, una agregación de sectores y de ámbitos no sólo en distintos estados de desarrollo sino con distintos presupuestos que organizan de muy distinto modo la inteligencia del mundo y de la vida» (1986: 54), nos queda difícil afirmar, como lo hace él, el privilegio del efecto estético que produce a posteriori la obra literaria: «Toda gran obra surgida entre nosotros tiene que ver con nuestra identidad en la medida en que incorpora profundamente a la cultura y termina por volverse un elemento esencial de su evolución. Toda gran obra habla siempre de nuestra identidad cultural, pues ayuda a constituir la. [...] Ninguna obra imperfecta, cualquiera sea su tema y su motivo, puede alimentar nuestra identidad» (55). Y esto, porque el privilegio del criterio estético, como fórmula para escapar del laberinto de la demanda ideológica y ética de escritores y críticos, no es sino una salida de ficción que supone que lo estético habita un lugar desprovisto de tensiones y conflictos, inmanente a sí mismo.

Ya hemos señalado, al inicio de este texto, cómo la literatura no sólo es un espacio de expresión de una identidad, en este caso latinoamericana, sino que es también y en una gran medida un espacio y un medio de configuración de la identidad. Pero ya hemos visto también cómo el concepto de identidad, pensado en una lógica unitaria, arrastra consigo toda la problemática de la reducción de la multiplicidad que comportan las sociedades y las literaturas latinoamericanas, tanto en el marco continental como al interior de las naciones organizadas en entidades políticas, tanto en el presente de nuestra situación, como en la consideración del pasado desde nuestro presente. El papel que juega la literatura en el proceso de asignación —e impugnación— de identidades es innegable. Distintas

formulaciones lo expresan. En la consideración de Saúl Yurkievich (1986), «para los latinoamericanos, la literatura es el lugar del reconocimiento» (Yurkievich, 1986: 3); según la reflexión de Fernando Aínsa (1986), «la literatura es, al mismo tiempo, causa y efecto de la identidad nacional. América necesita de una literatura para fundar su identidad, pero su literatura sólo puede existir en función de una realidad americana» (Aínsa, 1986: 40); para Gustav Siebemann (1986), la literatura, que en su lectura no comporta una «dación de identidad», como fenómeno cultural, se enraíza de manera profunda con la aspiración psicológica y social de identidad. En su lectura de Nueva Novela latinoamericana, el fenómeno de la novela produce nuevos modelos de identificación que van en la dirección de conectar la singular con lo universal. Para Siebemann, es el éxito de la novela del Boom el que provoca un deseo de identificación, pero ese deseo es también un anhelo de reconocimiento desde afuera, al punto de poder provocar un enunciado de identidad que el autor sintetiza así: «Yo soy aquel que pertenece a un área cultural de donde están surgiendo obras maestras y representativas, obras que no sólo han llegado a constituir un espacio cultural ahora mejor compenetrado, sino que además son testimonio de la precariedad existencial del hombre, trascendiendo la problemática regional hacia lo universal» (Siebemann, 1986: 35). Pero Siebemann también nos previene inmediatamente sobre la inestabilidad que se funda en ese predicado afirmativo, porque puede ser un estado psicológico pasajero y porque siempre hay la sospecha de que el éxito de la recepción internacional de la Nueva Novela fue acaso generado en Europa y Norteamérica.

Verificada esta determinación de la literatura por el litigio de las identidades, no nos resta más que proyectarla a las historias de la literatura. Lejos de dirimir el conflicto de las identidades, la historia literaria, como segundo nivel del campo literario, hereda la situación litigiosa. Es lo que hemos querido evidenciar en la lectura de las seis historias de la literatura que fueron nuestro objeto en la primera parte de este artículo. Cada una de esas historias, como vimos, ofrece una alternativa de solución al problema de la representación de América Latina. Cada una de esas soluciones, confrontada con las otras, se nos aparece como insuficiente. De la misma manera, cada

una de ellas reclama la comparación con la otra, como si no fuese posible la escritura de una historia, como si lo único posible fuera el mantenimiento en suspensión de un proceso permanente de comparación, correlación, complementación entre las distintas aproximaciones a la definición de la historia literaria.

Pero responder a la dificultad de la tarea con el retraimiento de la inmovilidad no parece ser una solución al problema. El problema de la representación de América Latina, cuando reconocemos la imposibilidad de una respuesta que aspire a la totalidad, lejos de anularse, se reanima a sí mismo. En este sentido participa de una actitud del pensamiento que no se deja agotar en la inmovilidad como alternativa de la imposible totalización. Es lo que hemos querido ilustrar en la segunda parte del ensayo al reseñar, no ya las historias como han sido escritas, sino los reclamos, las demandas, las alternativas de solución teórica y metodológica que provienen de estudios teóricos que no son ellos mismos historias, pero que se plantean una reflexión que tiene como fin el estímulo de nuevas aproximaciones e intentos de construcción de la historia de la literatura latinoamericana y, como era previsible, postulando nuevos enfoques de consideración de la representación de América Latina.

De una cierta manera, poniendo a prueba el modelo propuesto por Beatriz González-Stephan de un fenómeno literario que se estructura en tres niveles —como citábamos antes: el campo empírico de la escritura, es decir, la literatura; el segundo nivel que configuran las historias de la literatura; y el tercer nivel ocupado por la instancia de la historiografía, como estudio crítico de los procesos de formación del conocimiento histórico-literario—, hemos querido provocar un diálogo entre el segundo —las historias literarias— y el tercer nivel —la historiografía— en su vinculación con la teoría literaria, en torno al problema de la representación de América Latina en las historias literarias. Nuestro ejercicio, a su vez, quiere instalarse en ese tercer nivel de una historiografía a la que «le interesará estudiar el modo como la historia de la literatura ha resuelto el problema de la periodización, los criterios que ha empleado para sistematizar un determinado corpus de obras, las concepciones ideológicas que subyacen en dichas historias». Una

historiografía que querría «poder determinar cómo el desarrollo de la historia de la literatura no obedece a un proceso immanente ni espontáneo, sino que está articulado a proyectos generales de tipo histórico-social y cultural» (González-Stephan, 1985: 44). Desde ese lugar y esa función, ha sido nuestro interés desplegar a los ojos del lector las propuestas de solución al problema de la representación de Latinoamérica en las historias literarias: las apuestas y los intereses que animan estas apuestas, que se resuelven en la postulación de una cierta imagen que representa a América Latina, tanto en el ejercicio efectivo de la escritura de la historia, como en el nivel de postulación de un objeto epistemológico que se plantea como deber ser, como destino de una escritura por venir. No hay un afán de síntesis, no lo hubo en el estudio. Nuestro interés ha sido desplegar estas propuestas para que configuren un paisaje, un territorio. Queda al lector la construcción del mapa.

Bibliografía

- Aínsa, F. (1986). «Hacia un nuevo universalismo. El ejemplo de la narrativa del siglo xx». En Saúl Yurkievich (ed.), *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura* (36-46). Madrid: Alhambra.
- Anderson Imbert, E. (2003). «Época contemporánea». En *Historia de la literatura hispanoamericana: vol. 1. La Colonia, Cien años de República* (11ª ed., 1ª ed.: 1954). México: Fondo de Cultura Económica.
- Cornejo Polar, A. (2001). «Para una teoría literaria hispanoamericana: a veinte años de un debate decisivo». En Sara H. de Mojica (comp.), *Mapas culturales para América Latina: culturas híbridas, no simultaneidad, modernidad periférica* (247-249). Bogotá: Universidad Javeriana.
- Dorra, R. (1998). «Identidad y literatura. Notas para un examen crítico». En Saúl Yurkievich (ed.), *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura* (47-55). Madrid: Alhambra.
- Fernández Moreno, C. (1992). «Introducción». En César Fernández (coord.), *América Latina en su literatura* (5-18). México: Siglo xxi.

- Goic, C. (1988). *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana: vol. 1. Época Colonial*. Barcelona: Crítica.
- González-Stephan, B. (1985). *Contribución al estudio de la historiografía literaria hispanoamericana*. Caracas: Academia Nacional de Historia.
- González-Stephan, B. (2002). *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional. La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX* (2ª ed.). Madrid: Iberoamericana.
- Henríquez Ureña, P. (1994). *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (Joaquín Díez-Canedo, trad., 1ª reimpresión). Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Kaliman, R. (1993). «Sobre la construcción del objeto de la crítica literaria latinoamericana». *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 37, 307-317.
- Losada, Alejandro. (1986). «La historia social de la literatura latinoamericana» [documento en línea]. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 24, 21-29. Consultado el 15 de septiembre de 2008 en www.bases.unal.edu.co:2065/stable/pdfplus/4530270.pdf
- Menéndez y Pelayo, M. (2008). *Historia de la poesía Hispanoamericana* [versión electrónica]. En Enrique Sánchez Reyes (ed.), *Obras completas de Menéndez Pelayo. vol. 27*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1948. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Consultado el 3 de diciembre de 2009 en www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12703852225614839543435/029130_0001.pdf
- Mignolo, W. D. (1996). «La lengua, la letra, el territorio (o la crisis de los estudios literarios coloniales)». En Saúl Sosnowski (ed.), *Lectura crítica de la literatura latinoamericana* (3-29). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Oviedo, J. M. (2005). *Historia de la literatura hispanoamericana: vol. 1. De los orígenes a la Emancipación* (1ª ed.: 1995). Madrid: Alianza.
- Rama, Á. (1984). *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.
- Rama, Á. (1987). *Transculturación narrativa en América Latina* (3ª ed., 1ª ed.: 1982). México: Siglo xxi.
- Rincón, C. (1986). «Historia de la historiografía y de la crítica literaria latinoamericanas. Historia de la conciencia de la historia». *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 24, 7-19.

- Roig, A. A. (1981). *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Samper, José. (1969) *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas (hispanoamericanas)*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Siebmenn, G. (1986). «Modelos de identidad y Novela Nueva». En Saúl Yurkievich (ed.), *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura* (28-35). Madrid: Alhambra.
- Villegas, J. (2005). *Historia multicultural del teatro y las teatralidades en América Latina* (1ª ed.). Buenos Aires: Galerna.
- Yurkievich, S. (1986). «Sobre identidad cultural y sus representaciones literarias». En Saúl Yurkievich (ed.), *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura* (3-8). Madrid: Alhambra.

Problemas de la historia regional y las alternativas de una historia comparada en las historias de la literatura latinoamericana*

Carmen Elisa Acosta Peñaloza

Profesora Asociada

Universidad Nacional de Colombia

Las lecturas historiográficas

QUIZÁS, EL MAYOR ATRACTIVO de escribir historia de las historias de la literatura está en que remite a dos intereses que amplan el horizonte de los estudios literarios a los asuntos propios de la temporalidad: en primer lugar, permite pensar en cómo se dan las diversas formas o cambios de la experiencia colectiva del tiempo y, en segundo lugar, abre la posibilidad de reflexionar sobre cómo se construye la noción de literatura según el cambio en la noción de temporalidad. Así, la lectura historiográfica permite interrogar no sólo el carácter propio de las historias, sino exige ubicarse frente a la literatura, convirtiéndose así el investigador en un doble lector.

De esta manera, hacer historia, sea literaria o sea de la historia, remite a los problemas y complejidades, varias veces señalados, entre historiografía, memoria y sociedad. Es ubicarse en un horizonte en el que se interroga la labor que consiste en pensar el

* Para el desarrollo de esta investigación conté con la colaboración de Diana Mantilla, estudiante de la Maestría en Estudios Literarios, quien participó en la recolección, selección, reseña y acertados comentarios sobre el material y el proceso de investigación.